

Jey 23 cuaderno 1º

1773 - Sep. 23

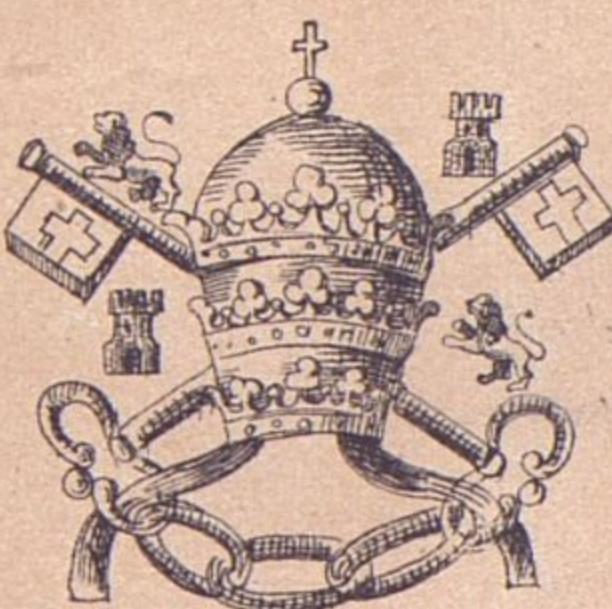
DISCURSO
LEIDO EN LA
UNIVERSIDAD LITERARIA DE SALAMANCA
PARA LA APERTURA

DEL
CURSO ACADÉMICO DE 1880 Á 1881,

POR EL DOCTOR

D. Melchor Arcés y Sáez.

Catedrático numerario de la asignatura de Metafísica.



SALAMANCA.

Imp. y Lit. de D. Sebastián Cerezo, Isla de la Rua, nº 1.

1880.

UVIA. BHSC. LEG 23-2 n°1773

DISCURSO DE INAUGURACION.

UVIA. BHSC. LEG 23-2 n°1773

DISCURSO

LEIDO EN LA

UNIVERSIDAD LITERARIA DE SALAMANCA,

PARA LA APERTURA

DEL

CURSO ACADÉMICO DE 1880 Á 1881,

POR EL DOCTOR

P. MARIANO ARÉS Y SANZ,

CATEDRÁTICO NUMERARIO DE LA ASIGNATURA DE METAFÍSICA.



SALAMANCA:

IMP. Y LIT. DE D. SEBASTIÁN CEREZO, ISLA DE LA RUA, NÚM. 1.

1880.

HTCA

U/Bc LEG 23-2 n°1773



1>0 0 0 0 6 3 5 0 9 7

UVIA. BHSC. LEG 23-2 n°1773

UVA. BHSC. LEG 23-2 n°1773

Almo. Señor:

Si el cumplimiento del deber no me hubiera traido á este sitio, confieso con toda ingenuidad que, en esta ocasión á lo menos, habría rehuido de buen grado el honor de encontrarme en él.

Y no es solamente por el temor que me posée de no corresponder cual debiera á lo que la tradición de este puesto y la ilustración de cuantos me honrais escuchándome os darían derecho á exigir: tal temor, con ser tan fundado que se convierte para mí en seguridad perfecta, no sería bastante por sí solo para hacerme mirar esta empresa como la más árdua y espinosa de cuantas pudieran ofrecérseme en el ejercicio de mis funciones docentes.

La indulgencia benévolas que distingue siempre al saber; la consideración deferente que sugiere el compañerismo; el afecto recíproco, y respetuoso de una parte, que se engendra, por dicha, en las aulas de nuestra Escuela entre Profesores y alumnos, y la amable suavidad de espíritu patrimonio de la mujer, y realce de la belleza en las damas salmantinas que esmaltan con su presencia esta so-

lemnidad académica, serían circunstancias todas que darían alien-
to al más tímido, facilitándole en gran modo el desempeñar su
mision sin correr inminente riesgo de mortificar su amor propio.

Empero, aun habiendo hecho yo de antemano el sacrificio ente-
ro del mio en aras de mis deberes científicos, y aun teniendo en mi
favor vuestras mejores disposiciones, todavía es mi posición harto
embarazosa y difícil; porque, profesando una ciencia que sufre hoy
rudos embates en las luchas del pensamiento; haciéndolo con un
criterio que—quizá—disuena algun tanto del que es comun en
nuestra pátria y ha predominado en su enseñanza, y siendo, ade-
más, esta ciencia lo menos favorable que cabe para lucir galas de
estilo, de que yo, por otra parte, tampoco sabria vestirla, habré de
tener en mi contra, al pretender hablaros de ella, la contradiccion
de sus adversarios declarados, el disentimiento de muchos de sus
amigos, y el cansancio y fastidio de los que buscando en este acto
una satisfaccion á su buen gusto, han de ver, desgraciadamente,
defraudadas sus esperanzas.

Y, sin embargo, no me es dado hacer otra cosa. Cuando se po-
ne en tela de juicio la legitimidad de la METAFÍSICA, que es, como to-
dos sabeis, la enseñanza á que me consagro; cuando se la disputa
su lugar ó se desnaturaliza su función en el organismo de los sa-
beres humanos, sería en mí una desercion dejar indefenso su de-
recho, á la sombra del cual únicamente es como puedo yo tenerle
para ejercer, aunque sin merecimientos ni dotes, su delicado ma-
gisterio. Por otra parte, asísteos perfecto á vosotros para exigirme
en ocasion como esta la manifestacion leal y pública de mis con-
vicciones filosóficas, y ante ambas poderosas razones, que tocan
del modo más hondo á mi conciencia de Profesor, debia necesa-
riamente prohibirme todo otro tema, siquiera hubiera sido más
grato para vuestro sentido artístico, y menos ocasionado á disen-
sos en su consideracion intelectual.

Exponer ante la vuestra y demostrar, si á ello me llegan las
fuerzas, la *legitimidad y carácter* de la asignatura que profeso, tal
habrá de ser el objeto de mi deshilvanado trabajo. No veais en ello
ni pretensiones de enseñanza que ofendan vuestra ilustracion, ni
intentos de proselitismo que lastimen vuestra creencia; miradlo
solamente como un inexcusable deber, cumplido á un mismo tiem-
po en homenage á vuestro derecho y en satisfaccion á mi con-
ciencia.

I.

Pasa la Metafísica desde hace tiempo por grave y laboriosa crisis.

Relegada por el positivismo primitivo al recuerdo de la historia (1); considerada como un ensueño poético por el experimentalismo moderno (2); desnaturalizada en su función y carácter por

(1) Conocida es de todo el mundo la ley de los tres estados del saber, cuyo descubrimiento y formulación reclama para sí Augusto Comte como el fundamento principal de su sistema de *Filosofía positiva*. «Estudiando, dice, el desenvolvimiento total de la inteligencia humana en las diversas esferas de su actividad, y desde su primero y más corto vuelo hasta nuestros días, creo haber descubierto una gran ley fundamental, á la que está sometida por una necesidad invariable..... Consiste esta ley en que cada una de nuestras concepciones principales pasa sucesivamente por tres estados teóricos diferentes: el estado teológico ó ficticio; el estado metafísico ó abstracto, y el estado científico ó positivo... De aquí tres especies de filosofía, ó sistemas de concepciones generales sobre el conjunto de los fenómenos, que se excluyen mútuamente: la primera es el punto de partida necesario de la inteligencia humana; la tercera, su estado fijo y definitivo; la segunda está destinada únicamente á servir de transición.»—Comte, *Cours de Philosophie positive*; tom. 1.º, Leçon 1.ª pág. 8 y 9.—París. 1864.

(2) «Háse dicho ingeniosamente que los metafísicos son poetas que han errado su vocación. Cuanto más pienso en esta frase más exacta me parece. Cuando la filosofía llegue á ser lo que debe; cuando no haya en ella más que lo general, abstracciones, ideas; cuando esté por completo fuera de los hechos, entonces aparecerá claramente á los ojos de todos que es más bien una obra de arte que de ciencia: poesía enojosa y mal escrita para unos, elevada, potente, verdaderamente divina para otros.» (Ribot; *La Psicología inglesa contemporánea*, Introducción, tom. 1.º, pág. 29; de la trad. esp. del autor; Salamanca, 1877).—La frase á que Mr. Ribot alude es de Mr. Vacherot, quien la pone en boca de «el sabio» que figura en sus diálogos sobre *La Metaphisique et la Science*, y por cuyo conducto esfuerza así la objeción: «Vuestra metafísica hace hablar á la poesía el lenguaje de la ciencia, y pone en silogismos las novelas de la imaginación ó los sentimientos del alma. El arte tiene que temerlo todo de esta metamorfosis sin que la ciencia pueda ganar nada con ella. Se ha creido hacer el elogio de la metafísica diciendo que es á la vez ciencia y poesía, pero esto es la mejor crítica que de ella puede hacerse, porque no parece ciencia y poesía sino porque no es, en realidad, ni lo uno, ni lo otro. Falsa poesía y falsa ciencia; hé ahí lo que es la metafísica, aun cuando se engalane con las gracias del génio de un Platon ó de un Mallebranche, ó se erice con las fórmulas de un Aristóteles y los silogismos de un Spinoza etc.—Vacherot, *La Metaphisique et la Science*, deux. edit. tom. 1.º, pág. 5.—París, 1863.

algunos que la proclaman de nombre (1); desfigurada en sus medios y circunscrita en su alcance, aun por aquellos que la enaltecen y ensalzan (2); y abandonada ó sostenida con tibieza por quienes

(1) De este número es Mr. Lewes, y, en general, la escuela experimental inglesa, que, admitiendo de nombre la Metafísica, la reduce á una generalización más amplia de la experiencia, y designa con el nombre de *Metempírica* á toda investigación que traspase la esfera de los fenómenos. Hé aquí como se expresa su expositor Mr. Carrau en la *Revue de Phil. de la France et de l' étranger*, tom. 2.º pág. 263, 1876. «Lo que denomina Mr. Lewes metafísica no difiere más que por el grado de la ciencia positiva, y los resultados á que puede conducir no son, en definitiva, otra cosa que la sensación transformada... La teoría de Mr. Lewes no tiene nada de nuevo, y suprime la metafísica tanto como lo habían hecho Locke y su escuela. Alega Mr. Lewes que fuera de una metafísica verificable por la experiencia no queda más que lo metempírico, es decir, lo incognoscible puro; mas yo le preguntaré con Mr. Leon Dumont si ha trazado él con la precisión necesaria el límite divisorio entre el orden metafísico y el orden metempírico.»

Análoga opinión merecen á Mr. Penjon las pretensiones de otro filósofo inglés, Mr. Shadworth H. Hodgson, á fundar una *metafísica fenomenista*. «Estamos en posesión, había dicho este escritor en su *The Philosophy of Reflection*, de un sistema metafísico que no podrá ser derrocado, aun cuando reciba en el porvenir modificaciones y desarrollos. Esta vez se ha encontrado una base segura y el núcleo de una doctrina filosófica que ha de servir, por necesidad, á todos los sistemas que se puedan producir en el transcurso de los tiempos. Ha sido organizada la metafísica y constituida la filosofía en los límites trazados por la metafísica misma.» — Y dice Mr. Penjon, juzgando de estas afirmaciones: «Una pretensión tan altamente formulada de haber organizado la metafísica y constituido la filosofía, en medio del empirismo que parece reinar hoy en Inglaterra, hará sonreir á más de un adversario de las especulaciones designadas de ordinario con este nombre, y acaso sea bastante para procurar cierto desfavor á una doctrina que se presenta con tanta seguridad; mas los que lean el libro de Mr. Hodgson verán bien pronto que la palabra metafísica, sin ser impropia, no tiene en él su significación acostumbrada... La doctrina expuesta en la *Filosofía de la reflexión*, es más bien una negación de la metafísica, en la acepción usual de esta palabra, que no su desenvolvimiento; y siendo esto así, resulta muy probable en tal caso que no habrá conflicto ninguno entre las ciencias propiamente dichas y este sistema. — *Revue de Phil. de la France etc*, Tom. 6.º pág. 571 y 573; 1878.

(2) Hállase en este caso el mismo Schopenhauer que, sin embargo de llevar su entusiasmo á punto de calificar al hombre de «animal metafísico» y llegar á decir que «el credo de todos los buenos y justos es verdaderamente este: *creo en una metafísica*», al fijar el sentido de ésta, y el de la filosofía en general, reduce considerablemente su alcance y esfera de acción. «Entiendo por metafísica, dice, aquel modo de conocimiento que traspasa la esfera de la experiencia y de la naturaleza, y de los fenómenos que se dan en ella, para explicar el por qué cada cosa es condicionada en un sentido ó en otro: en otros términos, para explicar lo que hay detrás

la reconocieron antes como una aspiración legítima de la inteligencia humana (1), podría llegar a temerse su definitivo naufragio

de la naturaleza haciéndola posible» y fijando más concretamente el fin y objeto de la filosofía, dice en otra parte: «La verdadera filosofía, la que nos enseña a conocer la esencia del mundo y nos eleva sobre los fenómenos, no se pregunta ni *de dónde* viene el mundo, ni *á dónde* va, ni *por qué* es, sino simplemente, *qué es...* Por consecuencia, debe ser siempre una cosmología sin convertirse jamás en una teología..... Si la filosofía es simplemente una cosmología, una teoría del mundo, una interpretación de los datos experimentales, su criterio está indicado con esto: *es la experiencia*.—V. Ribot, *La Filosofía de Schopenhauer*, cap II; trad. esp. Salamanca, 1879) —No hallamos fácil conciliar estas afirmaciones; porque, si la metafísica ó filosofía se integra con un modo de conocimiento «que traspasa la esfera de la experiencia,» ¿cómo entonces ha de tener por *fuente* esta misma experiencia? Esto, aparte de que eliminando del dominio de la filosofía todo principio causal y teleológico, resulta mutilada en lo que hay de más esencial en ella.»

Hartmann, continuador en nuestros días del sentido pesimista de la filosofía de Schopenhauer, admite una teleología, pero participa, al parecer, de la opinión de aquel en cuanto al modo de constituirse la filosofía, como se desprende de la contestura general de su obra más importante *La filosofía de lo Inconsciente*, y del lema que la sirve de cabeza: «Resultados especulativos, obtenidos por el método inductivo de las ciencias de la naturaleza.»

En el número de los que reducen y restringen el alcance de la Metafísica, concretándola a un carácter puramente moral, puede también ser incluido Mr. Liard, que termina de este modo su obra *La Science positive et la Metaphisique*, publicada recientemente y premiada por la Academia de ciencias morales y políticas de Francia: «Así, la metafísica no renuncia al imperio siempre reivindicado por ella. El Bien, en el que ve la existencia en sí, y, por consecuencia, la razón de toda perfección y de toda existencia relativa, es sentido por todas las conciencias. Refiriéndolo todo a él, la metafísica puede reunir todas las almas. Ha perdido la magistratura intelectual que se había abrogado, pero ejerce y continuará ejerciendo mientras dure la conciencia, aquella alta magistratura moral de que la invistiera Sócrates en los mejores días de la sabiduría helénica, y que le ha sido devuelta por Kant en los tiempos modernos, después de haber estado desposeída de ella durante veinte siglos.» A este modo de ver de Mr. Liard, cabe oponer las siguientes indicaciones, hechas ya hace mucho tiempo por Mr. Ahrens: «Este enlace esencial que existe entre el bien, el bien moral, el derecho etc., ha hecho que la mayor parte de los filósofos, en sus ensayos de clasificación de estos objetos, incurran en el error de subordinarlos unos a otros, tomando como base general uno solo de estos fines. Hay filósofos que lo comprenden todo en la ciencia del bien ó de la moral, por la razón de que todo, religión, derecho, ciencia, arte es un bien para el hombre. No han advertido que todo es al mismo tiempo una ciencia, un arte, un derecho, y que puede también ser comprendido todo en la religión. Todo se refiere a todo en el organismo de estas ideas eternas...» (*Curso de Psicología*; trad. esp. de G. Lizárraga, tom. II, pág. 307, nota).

(1) Aunque las conversiones de metafísicos y espiritualistas a las doctrinas del positivismo, tales como las de Huet en Francia; Angiulli y Ardigó en Italia, no sean

ante los embates de la experiencia, si su virtualidad misma no hubiera de sacarla á flote en la borrasca que corre (1).

La situación, sin embargo, del pensamiento experimental con relación á la *Filosofía primera*, ha cedido algun tanto de su tirantez y violencia. Las construcciones ontológicas de aparición más reciente, aun formuladas como lo son á nombre de la experiencia, ó construidas con sus métodos, ofrecen marcadamente un carácter

demasiado frecuentes, es innegable, sin embargo, la atracción con que solicitan el espíritu de muchos pensadores los métodos de la experiencia, á punto de venir á colocarlos en un estado de crisis que alcanza á sus convicciones ontológicas. De ambas cosas tenemos ejemplos en nuestra patria, y si en manera alguna pretendemos hacer un cargo por ello á estos pensadores, no podemos menos de lamentar el que pierda la metafísica apoyos tan valiosos, ó no les cuente por defensores tan decididos como lo fueran en algun tiempo.

(1) En medio de ella, sin embargo, la Metafísica no ha carecido nunca de defensores, habiendo sido, como siempre, Alemania la que más se ha distinguido en la empresa. No tan solo los antiguos sistemas han encontrado en ella discípulos y continuadores, sino que se han formulado otros que, abarcando los principales elementos de aquellos, enlazan y continúan la tradición filosófica. Así, al ciclo intelectual que representan en el pensamiento moderno Kant, Fichte, Schelling, Hegel y Krause, sucedieron inmediatamente, ó coincidieron en parte con ellos, Schopenhauer, Herbart, Jacobi, y aparecen en el momento actual Hartmann, Ulrici, Dürhing y Lange, como representantes de las cuatro principales tendencias, monista, espiritualista, materialista y crítica que se dividen la atención y las simpatías de aquel país. Citar ahora los innumerables pensadores que, con carácter puramente filosófico ó en el cultivo de las ciencias, siguen ó se aproximan á alguna de las tendencias indicadas, sería de todo punto imposible sin ofrecer un catálogo de obras y de nombres que no puede caber en los límites de una nota.

En el resto del mundo culto, no han aparecido nuevos sistemas filosóficos, pero el sentido metafísico ha sido conservado por Hamilton, Ferrier, Whewell y Mansel en Inglaterra; Vera, Mamiani y sus discípulos en Italia; Janet, Caro, Vacherot, Renouvier, Ravaissón, Saisset, Franck, Pillon, Bouchit y otros muchos en Francia; y por Mr. Tibergien en Bélgica. En los pueblos que carecen de una tradición filosófica y han venido modernamente al movimiento intelectual en este orden, como Holanda, Rusia, Portugal, el Brasil y los Estados Unidos de América, las tendencias son generalmente positivistas, pero en esta última nación, sin embargo, ha comenzado á publicarse no há mucho tiempo una Revista filosófica con el título de *The Journal of speculative Philosophy*, cuyos primeros trabajos revelan á las claras, sino una aceptación, á lo menos el intento de dar á conocer las tendencias de la metafísica europea antigua y moderna. De nuestra patria, por último, nos abstendemos de decir nada por ser conocido de todo el mundo el escaso movimiento filosófico que en ella existe, así como las diferentes direcciones en que ha venido inspirándose y se inspira en la actualidad.

metafísico que aquella por sí sola no hubiera podido imprimirlas (1): las escuelas positivistas ensanchan sus aspiraciones y reivindican para sí la solución de los problemas metafísicos, queriendo abordarlos con sus métodos (2): el evolucionismo transformista trata de formarse una como *Metafísica empírica* en sustitución de

(1) Dürhing, el representante más caracterizado hoy del materialismo en Alemania, ofrece una prueba de ello en su «*Curso de filosofía, ó exposición rigurosamente científica de los principios que deben servir para la interpretación del mundo y la dirección de la vida*.» Júzguese por las siguientes afirmaciones, que entresacamos de la exposición de su sistema, hecha por Mr. Nolen: «El pensamiento que se manifiesta á nuestra conciencia es idéntico en su esencia al de cualquiera otro sér, y nos fatigaríamos en vano en construir el concepto de una inteligencia, que conociera las cosas en condiciones distintas de las impuestas á la nuestra. Sin esta condición, no hay para el hombre verdadera ciencia de las cosas. ... El sér es uno y lo comprende todo: la unidad del pensamiento responde á la unidad del sér.... El sér primordial, el principio generador debe contener en germen y en su unidad, superior al tiempo y al espacio, la diversidad de las determinaciones de la realidad fenomenal.... Hablar de límites del pensamiento, es fijar límites á la realidad; es negar á la naturaleza la facultad de tomar entera conciencia de sí misma en el espíritu.» Ocupándose del positivismo, le declara absolutamente impotente para llegar á constituir una verdadera filosofía de la naturaleza. «No se jacta, dice, de ignorar ó negar la necesidad de los primeros principios? Pues es culpable de alta traición para con la ciencia y para con la majestad y soberanía del pensamiento, cuyo poder desconoce ó pretende limitar.» Para más detalles véase la *Revue philosophique* citado, tomos 2.^o y 5.^o, pág. 393 y 560 respectivamente.

Puede servir también de ejemplo el mismo Hartmann, cuya *Filosofía de lo Inconsciente*, aunque segun su mismo autor declara (*Prefacio III*) no es rigurosamente «un sistema, sino que se limita á trazar los lineamientos principales,» presenta tan abiertamente carácter metafísico, que la parte tercera de la obra lleva el título de *Metafísica de lo inconsciente*.

(2) El antes citado Mr. Lewes es de los que se encuentran en este caso, segun su crítico Mr. Carrau, que dice de él: «Mr. Lewes fué durante mucho tiempo un fiel discípulo de Augusto Comte, y, en tal concepto, rechazaba del dominio de la ciencia los problemas metafísicos, no admitiendo que ésta pudiera conocer otra cosa que fenómenos y relaciones de fenómenos. Al presente, rinde ya homenaje á la metafísica: las nociones de causa, de fuerza, de materia, de espíritu, de sustancia, no le parecen ya ilusorias; y la obstinación del espíritu humano, desde el momento en que piensa, en indagar por encima de los fenómenos la razón en que estos se fundan, es la prueba para él de la legitimidad de estas especulaciones, que no deben ser eliminadas, sino acometidas con los métodos positivos.» (*Revue philosoph.* citada.) Y Mr. Alejandro Maín en una carta que dirigía desde *Arbroath* (Escocia) en Julio de 1876 al director de la mencionada publicación, se expresaba en estos términos: «La existencia y la naturaleza de Dios, la inmortalidad del individuo, el deber, el alma, el espíritu, la perfección, la libertad y todas esas otras verdades á las

la racional y verdadera (1); y los cultivadores del saber con sentido experimental aspiran á una conciliacion con ella (2), ó no han abandonado su apoyo para dirigirse y orientarse en el campo de la observacion.

Habráse de reconocer, por otro lado, para no pecar de parciales, que la Metafísica, á su vez, se ha extralimitado más de una en el uso de su derecho. Acostumbrada por siglos á un imperio no contradicho en el campo del pensamiento, y pretendiendo explicarlo todo con fórmulas *á priori*, ha invadido en ocasiones el terreno de la experiencia, aspirando, no ya tan solo á conocer lo esencial y á determinar en los hechos el elemento permanente que se envuelve en su produccion, sino—y esto era lo abusivo—á pre-

que los metafísicos y los teólogos de su escuela conceden una importancia capital, reclamando para ellas, con justo título, el primer lugar entre las verdades, entran enteramente en la esfera del positivismo bien entendido, el cual es capaz de tratarlas con sus métodos sin debilidad y sin temor.» Tomo 2.º, pág. 282.

(1) Hablando de H. Spencer, dice Mr. Ribot: «Su sistema de filosofía, que no está todavia enteramente publicado, abrazará un número inmenso de hechos y de problemas. Los *Primeros principios* son como el vestíbulo de este monumento grandioso.... Mostrar que fuera de la ciencia existe una region inaccesible á sus métodos y procedimientos; que sobre lo cognoscible está lo incognoscible, y colocar así en un nuevo terreno la vieja querella entre la religion y la ciencia, entre la demostracion y la fé, haciendo ver que no hay nada comun entre ellas; ensayar por una síntesis atrevida, fundada sobre las ciencias positivas, el referirlo todo á la ley de equivalencia ó de correlacion de las fuerzas, y mostrar que todos los fenómenos son convertibles entre sí, desde las manifestaciones físicas hasta la vida, el pensamiento y el desarrollo de la historia, con lo que se condenan como dos soluciones vanas el espiritualismo y el materialismo, tal es el pensamiento del libro que podria llamarse, si no fuera de temer alguna mala inteligencia, la *Metafísica del Positivismo*. (La *Psicología inglesa contemporánea*, tomo I, pág. 205.)

(2) Uno de los que más se vienen distinguiendo en esta empresa es Zoellner, de cuya obra *Sobre la naturaleza de los cometas.—Contribuciones á la historia y á la teoria del conocimiento*, dice Mr. Nolen: «El libro de Mr. Zoellner es un alegato apasionado en favor de la union de las ciencias y de la especulacion, y aun de la misma metafísica. Los diversos escritos del sabio profesor de Leipsick.... estaban destinados á servir á este mismo objeto.... la causa de la especulacion metafísica es la misma que la de Mr. Zoellner, y la gran obra de que vamos á ocuparnos es uno de los más vigorosos esfuerzos que ha suscitado aquella en estos últimos años.» (*Revue phil. de la France etc.*, tomo 1.º, pág. 405.) Y este mismo escritor exponiendo en el número de dicha Revista, correspondiente al mes de Julio último los artículos de B. Erdmann, publicados en la *Deutsche Rundschau*, sobre la *Filosofía actual de Alemania*, dice: «La filosofía de Fechner y de Lotze.... constituyen el más

cisar los hechos mismos, y á darles torsion y violencia para encajonarlos en sus moldes (1).

A pesar, sin embargo, de la mayor circunspección de la Metafísica actual y de las disposiciones menos hostiles de la escuela de la experiencia, surgen entre ambas todavía graves y empeñadas disputas, sin resolver sobre las cuales con entera imparcialidad y sin exclusivismos dañosos, quedarian una y otra fuera de su natural carácter y de su peculiar función.

Radica la principal discordancia con las escuelas positivas en

notable esfuerzo que hasta ahora se ha intentado para conciliar la metafísica con la teoría del conocimiento y los recientes descubrimientos de la ciencia.» Mr. Charpentier, por último, en la crítica de la obra de Ribot, «*La Psychologie Allemande contemporaine*, entresaca de ella las siguientes frases: «Herbart, dice Mr. Ribot, creé fundar la psicología sobre la metafísica.... No hay que figurarse que Waitz excluye de la psicología toda metafísica.... Beneke deduce la metafísica de la psicología.... Por su carácter general y por sus tendencias, Lotze es ante todo un metafísico.... Helmotz establece un principio *à priori* como condición de la teoría empírica.... La lista de las obras de Fechner comprende la metafísica....» Y el mismo Mr. Ribot añade de su cuenta «que es acaso una necesidad inherente á toda psicología, aun experimental, arrancar de alguna hipótesis metafísica.» Preciso es confesar, exclama Mr. Charpentier después de copiar estas frases, que sería difícil pedir más á un filósofo que no ama la metafísica. (*Revue philosoph.* citada. Tomo 9, pág. 350.) Y aun del mismo Wundt, á quien se considera como una excepción de esta regla, pueden citarse, en prueba de la relación estrecha y recíproca que halla este pensador entre la filosofía y las ciencias, los discursos sobre la *Misión de la filosofía en los tiempos presentes* y sobre la *Influencia de la filosofía en las ciencias experimentales*, pronunciado el primero ante la Universidad de Zürich, y en la apertura del curso de la de Leipsick en 1876, el segundo.

(1) Sin remontarnos á épocas remotas como las de la antigüedad y la edad media, en las que, no habiendo nacido aun las ciencias particulares, reinaba sin rival la Filosofía, basta citar como ejemplo el dominio que llegó á ejercer en los espíritus la filosofía hegeliana, en tiempos bien cercanos á los nuestros. «Cuando murió Hegel en 1832, dice Mr. Paul Janet, jamás conquistador alguno dejó un imperio más vasto y, en apariencia, menos contestado.... Mientras reinó la filosofía de la identidad, las ciencias habían guardado cierta reserva, encerrándose en el aislamiento, y aun algunos grandes sabios, como Oersted, Oken, Burdach, Carus y Müller mismo estuvieron bajo el prestigio del idealismo. Alguna vez se habían elevado reclamaciones en nombre de la experiencia, más el imperio de la filosofía era, sin embargo, tan grande que se abrogaba el derecho de tratar con el más supremo desdén las objeciones del empirismo. Si se le echaba en cara que no podía explicar los hechos particulares, Michelet de Berlin respondía con arrogancia «que semejantes explicaciones no estaban por encima, sino por debajo del saber.» Cuando uno es el más fuerte se puede responder así, pero las contestaciones de este género se pagan necesaria-

si á la inteligencia humana la es dado conocer lo *esencial* por ministerio de la razon, formulando el conocimiento que obtenga en una construccion ideal independiente de la experiencia, ó si, por el contrario, es la experiencia sola la fuente de todo conocer, y ha de circunscribirse este á la percepcion de los fenómenos y á la determinacion de las leyes con que se producen en el tiempo (1).

riamente un dia ú otro. (*El Materialismo contemporáneo*, trad. esp. pág. 9 y 17.— Sal. 1877.

De la misma filosofía dice tambien Vacherot por boca de *el sábio* de sus diálogos: «La metafísica es muy otra cosa que la ciencia de las causas y de los principios; es nada menos que la ciencia de lo absoluto.... Hegel llega tambien á él, pero á través del oscuro laberinto de una lógica inextricable. Una vez en la cima del pensamiento y de las cosas, el espíritu vé, contempla, domina la realidad; la domina tanto, que la corrige y rehace á medida su deseo, si tiene la desgracia de no reproducir fielmente el sistema *transcendental* de las ideas *á priori*. La falta está en ella y no en la metafísica. Porque, advertid bien esto: no es el pensamiento el que es el espejo de la Naturaleza, sino ésta el espejo del pensamiento. A esta altura, la metafísica asiste á la creacion universal; posée el secreto del pensamiento divino que ha presidido á todo, y conoce y contempla el Mundo *á priori*, antes de que la experiencia se le haya revelado sucesivamente. Si esta confirma sus especulaciones, tanto mejor, pero la metafísica alemana no la reconoce como juez de sus construcciones lógicas.» (Vacherot, obra citada, t. I, pág. 49).

Vera, sin embargo, apoyándose en Hegel mismo, y despues de haber asentado que «el verdadero conocimiento filosófico es un conocimiento esencialmente *á priori*, un conocimiento especulativo y metafísico,» contesta, en cierto modo, á esta objecion, trazando el límite y fijando las relaciones entre la experiencia y la especulacion. «¿Es esto decir, escribe, que el filósofo deba olvidar los hechos, y despreciar el mundo de la realidad fenomenal y sensible? No, porque esta realidad es la manifestacion de otra realidad inmutable é invisible, y bajo el fenómeno y la apariencia se ocultan la ley y la obra de la razon. A este título, el mundo, la naturaleza y la historia tienen un precio á los ojos de la ciencia. Más el filósofo no debe descender al dominio de la experiencia y mezclarse en los acontecimientos del mundo y de la vida, sino solamente para darles una forma racional, y, por decirlo así, la conciencia de sí mismos. La obra de la investigacion filosófica consiste, precisamente, en encontrar la realidad bajo la apariencia, la ley bajo el fenómeno y la necesidad bajo el accidente: consiste en saber poner en claro, á través de los acontecimientos múltiples y variables de que es teatro el mundo, y á través de las formas oscuras y fugitivas de la existencia, el pensamiento eterno que las engendra, y que se manifiesta y vive en ellas.» (Vera, *Introduction á la philosophie de Hegel*, deux. edit., cap. III, pág. 84).

(1) En el estado positivo, por último, dice Aug. Comte, el espíritu humano, reconociendo la imposibilidad de obtener nociones absolutas, renuncia á buscar el origen y destino del universo, y á conocer las causas íntimas de los fenómenos para

Podría notarse ya aquí que el positivismo novísimo, que proclamaba en un principio la imposibilidad de concebir lo Absoluto, y que se limitó después á consignar su existencia declarándole *inconoscible* y admitiéndole únicamente como objeto de la fé, lo tiene hoy ya por asequible para la inteligencia humana, y discute solamente sobre el procedimiento metódico que ha de emplearse para ello (1); mas, aparte de esta concesión que la tendencia po-

concretarse á descubrir, por un uso bien combinado del razonamiento y de la observación, las leyes efectivas de aquellos; es decir, sus relaciones invariables de sucesión y semejanza. La explicación de los hechos, reducida entonces á sus términos reales, no es ya en adelante sino el encadenamiento establecido entre los diversos fenómenos particulares y algunos hechos generales, cuyo número tiende á disminuir cada día con el progreso de la ciencia. (A. Comte. *Cours de Philosophie positive*. 1.er leçon).

«La ciencia positiva está definida desde luego con toda exactitud: no persigue ni las causas primeras ni el fin de las cosas, sino que procede estableciendo hechos y refiriendo los unos á los otros por relaciones inmediatas. La cadena de estas relaciones, extendida cada día más lejos por los esfuerzos de la inteligencia humana, es lo que constituye la ciencia positiva. (Littré *Preface d' un disciple* al *Cours de Phil. posit.* de A. Comte. XXXIII).

(1) «En el fondo mismo de la vida encontramos la relatividad del conocimiento, y no tan solo el análisis de las acciones vitales en general nos lleva á concluir que las cosas en sí no pueden ser conocidas, sino que nos enseña, además, que su conocimiento, si fuera posible, nos sería perfectamente inútil. Pero queda, sin embargo, una cuestión final. Qué debemos decir de lo que sobrepuja al conocimiento? Será preciso que nos atengamos á los fenómenos? Tendrá por resultado final la investigación desterrar del espíritu todas las cosas, á excepción de lo relativo? O bien habremos de creer en algo más allá de lo relativo? A estas cuestiones puede responder la lógica: los límites de nuestra inteligencia nos encierran rigorosamente en lo relativo, y cuanto excede de ello no puede ser pensado más que como una negación ó una no-existencia. «Lo absoluto no es concebido más que como una negación de lo concebible» ha escrito sir W. Hamilton. «Lo absoluto y lo infinito, dice M. Mansel, son, como lo *inconcebible* y lo *imperceptible*, nombres que indican no un objeto de pensamiento ó de conciencia, sino únicamente la ausencia de las condiciones en que es posible la conciencia.» De cada una de estas citas se puede concluir que, puesto que la razón no puede autorizarnos para afirmar la existencia positiva de lo que solo es reconocible á título de negación, no podemos afirmar razonablemente la existencia positiva de lo que pueda existir más allá de los fenómenos.

Esta conclusión parece inevitable, pero entiendo que contiene un grave error. Puestas una vez las premisas, sería necesario admitirla; más en la forma en que sir W. Hamilton y M. Mansel las presentan no son rigorosamente verdaderas.... No temos desde luego que todos los razonamientos por los cuales se ha demostrado la

sitiva se ha visto obligada á otorgar á las exigencias del espíritu, no satisfechas lo bastante con el conocer de los fenómenos (1); aparte de que en toda *ley* ha de entrar por necesidad un elemento permanente, y por esto mismo *esencial*, que la experiencia no procura (2), y aparte, igualmente, de que en las construcciones ontológicas que el experimentalismo formula intervienen concep-

relatividad del conocimiento, suponen distintamente la existencia positiva de alguna cosa más allá de lo relativo. Decir que no podemos conocer lo absoluto, es afirmar implícitamente que hay un absoluto. Cuando negamos que nos sea posible conocer la *esencia* de lo absoluto, admitimos tácitamente su *existencia*, y este solo hecho prueba que lo absoluto ha estado presente al espíritu, no en el concepto de *nada* sino en el de alguna cosa. Y otro tanto sucede á cada paso del razonamiento en que busca su apoyo la doctrina de la relatividad. El *noúmeno*, proclamado constantemente como antítesis del *fenómeno*, es pensado tambien constante y necesariamente como una realidad. Es enteramente imposible el concebir que la conciencia no tenga por objeto más que apariencias, sin concebir al mismo tiempo una realidad de la que estas apariencias sean la representacion.» H. Spencer (*Los Primeros Principios*; trad. franc. de E. Cazelles, pág. 93.) Para la última parte de nuestro aserto, véanse las citas antes hechas de Lewes y de Main.

«La posición adoptada por los positivistas, que afectan ignorar los problemas metafísicos, dice por sí parte Mr. Alfred Espinas, no es verdaderamente sostenible. Porque, una de dos: ó estos problemas tienen sus soluciones, y es preciso entonces descubrirlas; ó no consienten solución alguna, y debe ser así demostrado. Demostrar que lo absoluto es incognoscible, es todavía entregarse á una especulación metafísica. Que se especule sobre el comienzo de la vida y de la conciencia, sobre la razón que hace que exista un orden en la naturaleza, sobre las relaciones del espíritu con el objeto del conocimiento, ó sobre la constitución de la materia, en todos estos casos surgen dificultades de orden metafísico, y de nada sirve cambiar el nombre de las discusiones cuando el objeto en litigio sigue siendo sensiblemente el mismo. La solución adoptada podrá ser negativa, pero no cambia por eso la naturaleza de la investigación.» (*La Philosophie experimentale en Italia; Introduction*, pág. 19).

(1) El experimentalismo, en efecto, reconoce, como hemos visto, la legitimidad de estas aspiraciones, limitándose ya únicamente á negar á sus resultados el carácter y las condiciones de científicos, en el sentido restricto que las escuelas experimentales han asignado á este término. No citamos aquí testimonios, porque los que hemos aducido y otros que habremos de alegar en adelante, comprueban suficientemente la aserción del texto.

(2) Siendo la ley la forma ó modo permanente de verificarse las *mudanzas*, á diferencia de la hipótesis que es solo un *hecho* general para explicar otros particulares, su reconocimiento no puede ser obra de la experiencia sola, que necesitaría para ello poder ser extendida á la totalidad del tiempo, y á la producción en él de todos los hechos posibles.

tos y juicios que no nacen de la experiencia, aun cuando hayan hallado en ella el motivo ocasional para despertarse en el espíritu (1), basta para hacer luz en la cuestión con que se desvanezca el prejuicio sobre el misterioso sentido que se atribuye al término *esencia*.

Si la *esencia* (2) fuera, en efecto, el *quid* recóndito y abstruso que la imaginación pugna por fingirse sin lograr sensibilizarla, y si la inteligencia humana no contará con otros medios para ponerse en relación con la realidad cognoscible que los sentidos corpóreos y el sentido interior del alma, forzoso sería en tal caso reducir nuestro conocer á las apariencias fenoménicas, y habría de renunciar, no ya tan solo á ver lo esencial en ellas, sino hasta á reconocer siquiera elemento alguno constante en su vertiginoso cambiar.

Pero en manera alguna es así. La *esencia* del idealismo, el *nómeno* de Kant, la *cosa en sí* de Schopenhauer, el *Incognoscible*

(1) Las escuelas experimentales, sin embargo, atribuyen estos conceptos y juicios á la acción de la experiencia, acumulada por la trasmisión hereditaria, y explican con este recurso los conocimientos que se nos aparecen hoy con el carácter de necesarios; pero también aquí el positivismo comienza á sentir cierta vacilación y á establecer ciertas distinciones que le obligarán, andando el tiempo, sino á volver al innatismo de las ideas, tal como le entendía Leibnitz, ó á las reminiscencias de la filosofía platónica, á reconocerlas como virtualidades del espíritu, que se despiertan en él con ocasión de las percepciones sensibles. Véase á este propósito lo que indica Mr. Cazelles en su *Introducción á los Primeros Principios* de Herbert Spencer: «Spencer, dice, pertenece al grupo de filósofos contemporáneos que refieren todo el conocimiento á la experiencia, pero merece, sin embargo, un lugar aparte en la escuela experimental. Frecuentemente emplea un lenguaje que podría hacer que se le tomara por partidario de otra escuela: habla de principios *á priori* y de verdades necesarias, y censura á los *empíricos* el querer explicar aquellas de nuestras creencias que han sido denominadas necesarias, en la misma forma que explican todas las demás: sin suponer la necesidad de creencia alguna.» (Introducción XX.)

(2) Tomamos aquí la palabra *esencia*, no en un sentido rigorosamente técnico, para lo cual sería necesario determinar su filiación entre las ideas y analizar los que se la han asignado en la especulación filosófica, que son bastante diferentes, sino en la significación usual de término de oposición á los hechos ó fenómenos, y en la acepción general de la filosofía platónica y aristotélica de «lo que es verdaderamente: lo que traspasa la observación de los sentidos y no es conocido más que por la razon; lo que ocupa el primer lugar en la palabra, en el pensamiento y en el tiempo» *Dictionnaire des sciences philosophiques*; art. *Essence*.

de Spencer, lo *Inconsciente* de Hartmann, como quiera que se denomine lo que bajo el fenómeno se oculta, éste no puede ser, en suma, sino *manifestacion* de la esencia, ni otra cosa ésta que lo *manifestable* en aquel. Y como no se dá esencia sin forma, ni existencia sin una esencia informada, no hay noúmeno sin fenómeno, ni fenómeno sin noúmeno, encarnando ambos en la ley que es donde tienen la existencia. Podrá disputar la Metafísica si este fondo esencial y oculto es *substancia innombrada* como lo pretende el monismo; *espíritu* ó *materia* como lo establecen por su turno los respectivos sistemas; las dos cosas á la vez, en contrariedad y oposición como dice el dualismo, ó en composición y unión como afirma el armonismo; podrá ser este fondo esencial, *pensamiento* y *extensión* con Descartes, *mónada activa* con Leibnitz, *Yo personal* con Fichte, *Yo absoluto* con Schelling, *Sér* con Krause, *Idea* con Hegel, *Voluntad* con Schopenhauer, ó unión de ambas cosas con Hartmann, pero negar que tal fondo exista porque no le perciban los sentidos tocándole con el escalpelo, encontrándole en las retortas, ó divisándole en el microscopio, equivaldría á proclamar el fenómeno como signo de la nada, el hecho como engendrado en sí mismo y sin sujeto á quien poder imputarle (1). Y de otro lado, admitir la existencia de este fondo para declararle incognoscible y fuera de toda intuición de él por la inteligencia humana, sería condenar al espíritu á un excepticismo perpétuo; hacer de la realidad el reino de fantasmagóricas sombras; un sueño calenturiento de la vida, y una duda eterna de la ciencia. No: trás el fenómeno transitorio se oculta una esencialidad permanente; ó más bien, el fenómeno pasajero es reflejo cambiante de una

(1) «Aparte y por cima de los datos de los sentidos y de la conciencia, hay todo un mundo que jamás conocerá el hombre perfectamente; pero en cuyo seno, sin embargo, le es dado penetrar. La experiencia nos da á conocer cualidades, fenómenos y cambios de todos géneros; pero todo esto es contingente, variable y accidental y tales conocimientos no pueden constituir una ciencia verdadera. ¿Y es posible que en la naturaleza no haya más que cualidades, movimientos, sin base y sin principio? La razón no puede admitirlo, porque la razón nos precisa á referir necesariamente estas cualidades á un sér, ó á lo que se llama una sustancia. La razón atribuye el movimiento á una causa, y en medio de todos los cambios y del flujo perpétuo de la naturaleza, descubre principios inmutables y necesarios.» (M. M. Pierron y Zevort, Introd. á la *Metafísica* de Arist., trad. para la *Biblioteca fil.* de Azcárate.-Obras de Arist.—*Metaf.*

esencia inmutable é idéntica, no vedada de todo punto á la inteligencia del hombre: la Razon es la antorcha con que podemos percibirla (1).

Sin atribuirla, en modo alguno, supersticiosa eficacia (2) ni extralimitarla de su alcance, proclámala la filosofía como fuente cognoscente, contradiciendo en este punto á los partidarios de la experiencia, que reclaman para ésta el privilegio exclusivo de originar todo saber. Volviendo al sensualismo antiguo, cien veces proclamado ya y otras tantas convencido de impotencia en la historia del pensamiento, preconizan la sensacion como el hecho generador de todo desarrollo psíquico, y desnaturalizan y pervierten el carácter de la razon, confundiéndola con el razonamiento y dis-

(1) No resistimos al deseo de trasladar en este punto las hermosas frases del Sr. Sanz del Rio, sobre la función y alcance de la Razon, y la crítica de sus detractores:

«La razon, como órgano propio de conocimiento, y si vale decir, como el sentido superior del Espíritu, conoce lo uno, lo total, lo eterno y necesario: este es su asunto, su horizonte natural, la atmósfera en que vive y desde la que guia y regula las demás facultades del hombre. Asunto árduo ¡quién lo duda!; mundo en el que acaso no vemos hoy más que algunos puntos luminosos, y en el que restará siempre infinito oscuro, ó en una media luz matinal; pero mundo y cielo donde una estrella sola claramente vista (una idea claramente concebida) extiende su reflejo á un inmenso espacio, á innumerables ideas, y al mundo todo de los hechos. Que tal mundo no existe, ni hay ojos para verle, puede afirmarse, y aun afirmarse de buena fé, por quien no ha mirado hacia él, ó no ha visto sino vagas nebulosidades..... El que sin esta preparación y trabajo afirma que nada vé, ó solo vé nebulosidad en la filosofía, podrá atestiguar con verdad su hecho propio: mas el que desde esta su limitación se adelanta á inferir que los demás tampoco ven nada, juzga presuntamente del hecho y vista agena; y el que sobre esto añade que el Espíritu humano nada puede ver de lo eterno y necesario, que es imposible á la razon conocer las esencias inmutables de las cosas, es, sobre presuntuoso, orgulloso; pretende hacer ley común de su ignorancia propia, y medir por el estado histórico de su razon la naturaleza de la razon misma... Dentro de este principio (el de la comunicación y el progreso), que es juntamente ley de nuestra naturaleza, caben hartas diferencias y luchas antes de ganar un paso trás otro en el Mundo de las ideas, pero fuera de él, los que lo niegan y aun lo condenan tenazmente, no han menester ser contestados ni convencidos, sino dejados en la voluntaria muerte á que se condenan ellos mismos.» (*Sistema de la Fil.—Metáfisica. 1.ª Parte. Análisis; Introd. LXX*).

(2) En su teoría del conocimiento, Herbert Spencer reclama en favor de la percepción y contra la supremacía que los metafísicos otorgan á la razon. «Podemos decir, escribe, que al suprimirse otras supersticiones la razon llega á ser ella misma objeto de superstición final. En los espíritus á quienes ha librado de creencias

curso, y suponiéndola engendrada por la evolucion progresiva de la percepcion sensible.

No hemos de desconocer, por nuestra parte, que este punto de vista exclusivo de la escuela experimental es, en cierto modo, una como reaccion y protesta contra el abusivo empleo de la doctrina de las facultades hecho por la psicología abstracta; no desconoceremos tampoco que el principio de la evolucion y el progreso pueda tener su aplicacion para explicar y exclarecer el desenvolvi-miento en el tiempo de las virtualidades del espíritu; pero ni cabe en buena lógica admitir por esto solo que nuestros conocimientos todos provengan de la percepcion sensible, ni que la prioridad en desarrollo de esta funcion de la inteligencia implique la absorcion en ella de todas las demás funciones.

Ligeras consideraciones sobre la doctrina del conocer bastarán á mostrarlo así (1).

Resultando el conocimiento de la relacion bajo unidad entre la realidad cognoscible y el sujeto cognoscente, dentro de la cognos-cibilidad de ambos como su ambiente comun, dáse, ante todo y como primer resultado, el conocimiento de unidad, producido por la total é indivisa presencia del objeto conocido, ante la tam-bien total é indivisa capacidad cognoscente del sujeto conocedor; y bajo este conocimiento primero, prodúcese luego interiormente una variedad ordenada nacida de la que ofrecen los términos que á la relacion concurren.

inciertas, llega á convertirse ella en objeto de una creencia incierta: absorbe, por decirlo así, la fuerza de los errores que ha subyugado...» Mas lo que aquí dice H. Spencer de la razon debe entenderse respecto del razonamiento, como él mismo lo manifiesta luego en los ejemplos que aduce. «El astrónomo, dice en uno, que por los laboriosos razonamientos cuantitativos que llamamos cálculos deduce que el paso de Venus comenzará en tal dia á tal hora y en tal minuto, y que al dirigir hacia el sol su telescopio en el momento indicado no vé mancha alguna negra entrar en su disco, concluye á la falsedad de su cálculo y no á la falsedad de los actos de pensamiento, relativamente breves y primitivos, por los cuales ha hecho la observacion.» (V. Ribot, *La Psicología inglesa contemporánea*; trad. esp. Tom. II. pág. 52 y 53).

(1) Para todas las consideraciones de carácter lógico que se emitan en el curso de este escrito, nos remitimos, en general, y salvas algunas leves diferencias de apreciacion personal y de lenguaje tecnológico, á las doctrinas sustentadas en la materia y expuestas en diferentes obras por Krause, Sanz del Rio, Ahrens, Ti-berghien, Salmeron, Castro, Giner (D. F. y D. H) Gonzalez Serrano, y varios otros escritores inspirados en el mismo sentido.

Si, pues, se reconoce una vez que hay algo más que los fenómenos, y que la realidad tiene una esencia cuya relación con aquellos es determinada por la ley, forzoso es admitir entonces en el espíritu que conoce una variedad de poderes en relación y correspondencia obligadas con lo cognoscible de las cosas; porque tan inútil sería para la producción del conocimiento que estas fueran inteligibles careciendo de inteligencia el sujeto, como que éste fuera inteligente y aquellas ininteligibles de suyo. La inteligencia del sujeto y la inteligibilidad de las cosas, son una misma y sola virtud, vista bajo diferente respecto en la relación del conocer; y considerando ésta luego en su variedad interior y determinado contenido, es obligado igualmente que á la cognoscibilidad del objeto en esencia, forma y existencia, ó sea en noumeno, fenómeno y ley respondan en el sujeto cognosciente facultades adecuadas, Razon, Sentido y Entendimiento, que son en la inteligencia el trasunto de aquellos aspectos. Así, es el noumeno la racionalidad del objeto, y la razon el noumeno intelectual; es el fenómeno la perceptibilidad de las cosas, y es el sentido el fenómeno del que conoce; es la ley la composición en las cosas de la esencia y del fenómeno, como lo es en la inteligencia de la razon con el sentido. Y lo mismo puede decirse del pensar, en cuanto forma del conocer. Sus determinaciones y momentos hasta su compenetración en el método como la función más compleja en que se formula el pensamiento, se corresponden y concuerdan con las determinaciones y momentos de la objetividad pensada hasta su composición más llena. Con razon ha podido decir Hegel (1) que toda cosa es una noción, un juicio y un raciocinio, pudiendo añadirse también que un método, en el orden del pensamiento; y en el orden del conocimiento, asimismo, cabe afirmar del propio modo que toda cosa es racional, sensible é intelectual, como toda inteligencia es de su lado noumeno, fenómeno y ley.

Pudieran, pues, ser asentados los siguientes corolarios:

El orden lógico no es todo el orden ontológico, pero sí un aspecto determinado suyo, y no contradictorio con él.

Todo lo inteligible es real, y todo lo real, inteligible.

La realidad es inteligible como esencia, fenómeno y ley; y la

(1) *Lógica*; trad. esp. de Fabié, CLXIV (en la nota 3.^a á la observación), CLXVII, CLXXXI, observación.

inteligencia, de su lado, es real como razon, sentido y entendimiento.

Todo lo real tiene su fórmula lógica, conocida ó ignorada, y toda fórmula lógica su correspondencia en la realidad.

Perdonadme, Señores, estas disquisiciones áridas por el terreno de la Lógica; pero nos eran necesarias para poner de manifiesto la contradiccion que envolvería el que, teniendo la realidad una esencia, careciera nuestro espíritu de los medios de percibirla.

La razon, hemos dicho, es esta facultad preceptora, pero como las escuelas positivistas emplean tambien este término, y aun encuentran en la razon una facultad cognoscente, siempre que se la considere como una evolucion del sentido, debemos hacernos cargo de esto para desvanecer la confusion y rectificar el error en que el experimentalismo incurre.

No se confundirá, lo primero, el significativo de la palabra *Razon*, en cuanto facultad intelectual, con los sentidos translaticios que se asignan luego á esta voz, ora cuando se la emplea para designar al espíritu, ora cuando se la usa por las de fundamento y de causa, ó bien cuando se la objetiva, en ocasiones, atribuyéndola una existencia impersonal. Estas segundas acepciones autorizadas por el uso ó motivadas por la deficiencia en las lenguas, se basan todas en el concepto primero que á la razon corresponde como facultad cognoscente, y son derivaciones suyas y traslaciones de su sentido. Ni deben confundirse tampoco, como con frecuencia acontece en las escuelas positivas, la razon y el razonamiento, pues mientras es la razon una facultad intelectual con la que conocemos la esencia, y cuyo conocimiento es el denominado *idea*, es el razonamiento una funcion del pensar basada sobre la operacion del juicio, y que lo mismo puede ser aplicada en el órden del conocer ideal que en el de las percepciones sensibles, ó en el de las nociones abstractas. Así que, la diferente y superior confianza que por el positivismo se atribuye á la percepcion directa sobre la sugercion racional, solo cabe ser aceptada entendiendo aquella percepcion sin diferenciacion de naturaleza y origen, y esta sugercion racional como razonamiento ó discurso; pero en manera alguna comprendiendo por tales términos la representacion sensible y el conocimiento ideal; porque en semejante respecto, el valor del conocimiento en tales órdenes está precisa-

mente invertido, debiendo el suyo á las ideas las percepciones sensibles, que no son, en suma, otra cosa que meras concreciones de aquellas. Mas, si lo que se quiere decir es únicamente que el pensar inmediato y directo ofrece más seguridades y garantías de certeza que el mediato y discursivo, indisputable es en este caso la asercion del positivismo en cualquiera de los órdenes que en el conocimiento se dan, y con especialidad mayor en el del conocimiento sensible, pues el razonamiento en este órden ni puede sustituir al hecho, ni la percepcion directa de este, en su determinacion actual, cabe que sea destruida por razonamiento ninguno. El hecho, por lo tanto, directamente percibido, alcanza más autoridad que el presumido meramente por razonamiento y discurso.

Salvada esta confusion de sentidos en que el experimentalismo incurre con su indecision de lenguaje, y viniendo á su otro aserto de ser la razon, en cuanto fuente cognoscente, una evolucion del sentido, y la idea, por lo tanto, una mera transformacion de la representacion sensible, no cabria admitir aquel sin subvertir por entero la relacion entre la esencia y el hecho, mirando aquella como desenvolvimiento de éste, cuando es precisamente el hecho lo que manifiesta y en donde se desenvuelve la esencia. Todo hecho implica necesariamente una posibilidad de hacer; todo estado una propiedad de estar, de la que es aquel determinacion; todo fenómeno un noúmeno esencial al que sirve de expresion.

Y no acontece de otro modo en la esfera del sugeto y para su aptitud de conocer. La razon, igual que el sentido, hallan su fundamento y base en la unidad de la inteligencia de quien son manifestaciones opuestas é igualmente substantivas, y la relacion que las liga se invierte completamente segun que se las considere bajo el punto de vista *lógico*, ó en el aspecto *cronológico*. Lógicamente, no cabe poner en duda la prioridad categórica de la percepcion ideal sobre la percepcion sensible; porque, representando aquella la posibilidad esencial y ésta la concreccion efectiva, sería absurdo á todas luces admitir como realizado de hecho lo que no fuera de antemano realizable en potencia. Mas por esto mismo de que lo posible-racional es ántes lógicamente que lo efectivo-sensible, en el órden cronológico y en el desenvolvimiento progresivo la representacion concreta y sensible llega ántes á conciencia reflexiva que la percepcion ideal-possible representada en la idea. A ser de

otro modo, haríase el progreso al revés, yendo de lo más á lo menos y de lo superior á lo inferior; nacería el hombre en la posesion y plenitud de su facultad de idear, é iria descendiendo hasta la percepcion vaga y confusa de los objetos sensibles con que comienza la infancia á ejercitar sus sentidos.

La posterioridad, por lo tanto, de la conciencia reflexiva en el órden ideal respecto á la conciencia sensible, no acusa, en manera alguna, la precedencia genética que el positivismo pretende, renovando en este punto la desacreditada doctrina de la sensacion transformada. Las facultades intelectuales son integrantes todas ellas de la unidad de la inteligencia, y sin prelacion posible en el órden de la existencia. La razon como el sentido, y lo mismo que el entendimiento, se dan indisolublemente unidas y sin anticipacion ni retraso en la unidad de nuestra facultad cognoscente; llegan á desarrollo concio, como la nocion del progreso pide, en un órden inverso al de su prioridad lógica, y se ejercen hasta tanto con necesidad instinctiva. Así es como, estando todo hombre desde los comienzos de su vida en uso constante y necesario de las ideas de la razon, no llega á su reflexivo empleo sino avanzada ya aquella, y puede recorrerla toda sin haber ordenado en sistema ni dado carácter científico á sus conocimientos ideales (1). El principio de la evolucion progresiva en que el positivismo se funda, siendo legítimo de suyo y aplicable genuinamente al desarrollo del espíritu en conocer y en pensar, lo es en este punto, como suele hacerlo en general el positivismo, (2) convirtiendo la sucesion en verda-

(1) «Los hombres, escribia Leibnitz, por una especie de necesidad, se sirven frecuentemente de términos metafísicos, y creen que comprenden aquello que dicen. Este mal no tiene lugar solo con respecto á la idea de sustancia, sino tambien de las de causa, de accion, de relacion, de semejanza y de la mayor parte de otros términos generales, cuya verdadera significacion se ignora por lo comun. Por lo tanto, no debe extrañarse que esta reina de las ciencias que se llama la Filosofía primera, y que Aristóteles define la ciencia *deseada* ó *buscada* sea todavía hoy una de las ciencias que se buscan.» (Obras de Leibnitz, I, 161, trad. esp.)

(2) Así es como ha podido hacérsele esta objecion, en la aplicacion de su principio al desenvolvimiento de la vida: «Si la célula fisiológica ó el átomo físico son únicamente principios pensados, que no realidades virtuales, obligado es confesar que los fenómenos que se observan en el átomo físico, son debidos al lapso de tiempo que supone el proceso de la evolucion. Y en tal caso, el problema de la realidad de las cosas parece quedar resuelto atribuyendo á la mera forma de la evolucion poder suficiente para engendrar por sí la cualidad de las cosas, y los carac-

dera causalidad, y atribuyendo al tiempo una virtualidad que no tiene, y que no puede dar por consiguiente. *Nemo dat quod non habet*, decía fundadamente la antigua escolástica; y el *hoc post hoc*, no autoriza en buena lógica para deducir el *propter hoc*.

No es, pues, la razon como facultad cognoscente una transformacion del sentido—(lo que implicaría además la desaparicion de éste una vez que surgiera aquella, puesto que no es posible que lo que se transforma en otra cosa siga siendo todavía la misma),— ni puede estimarse la idea como mera forma superior de la percepcion sensible, sean los que quieran los procedimientos y medios con que se la elabore y decante. El hecho no puede engendrar más que hechos como la idea solo puede ser madre de ideas; y la razon y el sentido, siendo igualmente substantivos, integran con el entendimiento, el contenido de la inteligencia unitaria, dándose á desarrollo concio en relacion invertida á la de su prioridad categorica.

Obligada la experiencia á admitir una realidad esencial oculta bajo los fenómenos, y proclamándola incognoscible para la razon y la idea, no tiene inconveniente, sin embargo, en dejar esta realidad esencial como objeto de los impulsos del sentimiento, ó como asunto de inspiracion para la imaginacion poética y de credibilidad para la fé religiosa, (1) si bien negando á los resultados á

térres ya semejantes, ya distintos de los fenómenos. Además, como la evolucion es, mas que ley real de los fenómenos, percepcion general de estos por la inteligencia, vendremos á parar, de consecuencia en consecuencia, á resultados de todo punto inaceptables, pues implican un *idealismo subjetivo*, merced al cual concibe la inteligencia un molde general para todos los fenómenos, y dá (en el sentido de engendrar) un principio, del cual salen todas las cualidades inherentes á las cosas. Pero si se pretendiera atribuir el orígen de la evolucion á los fenómenos mismos, declinaría el pensamiento en absurdos igualmente inconcebibles, y tendríamos que negar hasta el pensamiento de lo absoluto, aunque á condicion de disolverlo en un *processus*, semejante al ideado por Proudhon en sus *antinomias*.» (Gonzalez Serrano, *Estado actual del pensamiento filosófico*. Arts. publicados en el periódico La Inst. ppea. Tomo 1.^o pág. 220).

(1) En el primer empeño, ó sea en el de identificar la Metafísica con la Poesía, se distingue principalmente la escuela experimental francesa, segun es fácil comprobar por las apreciaciones de M. Ribot en la Introducción ya citada á su *Psicología inglesa contemporánea*, y habia indicado antes Vacherot en la *Metaphysique et*

que por cualquiera de estos medios se llegue la categoría de científicos.

Nada dice esto, sin embargo, contra la verdadera Metafísica. Dudaríase con justicia del valor de sus lucubraciones si se la constituyera, en efecto, por la mediacion de tales fuentes; pero no siendo aquellos medios los que la Metafísica emplea, ó los que debe

la Science, poniendo en boca de «el sabio» que en ella figura las objeciones que se hacen á la Metafísica desde este punto de vista.

El segundo empeño, ó sea el de la conciliacion de la religion y la ciencia, es más comun en el experimentalismo inglés, y principalmente en Herbert Spencer, que consagra á obtener este resultado la primera parte de sus *Primeros Principios*; mas sobre el éxito de estas tentativas puede verse el juicio que ellas han merecido á Mr. Littré en el *Preface d'un disciple* á la obra de Comte, y aun el que emite el mismo traductor de la citada de Spencer, Mr. Cazelles, en la Introducción que la precede. Lange, por último, dice tambien á este propósito en la *Advertencia* que precede al 2.º tomo de su *Historia del materialismo*. «El discurso de Tyndall * ha inaugurado oficialmente, por decirlo así, un nuevo período en Inglaterra, que tan gran papel desempeña en la historia del materialismo. La vieja y ruinosa paz entre la ciencia de la naturaleza y la teología, que ya Huxley y más recientemente Darwin habian quebrantado, está definitivamente rota; y los naturalistas, sin preocuparse de las tradiciones de ninguna Iglesia, reclaman el derecho de desenvolver en todas direcciones las consecuencias de su concepcion del universo. El sostenimiento de la religion quedará garantido, si quiere aquella apoyarse sobre la filosofía de Spencer; pero no habrá ya indiferencia en el porvenir respecto de los dogmas y de las exigencias del *credo*, en que se traducen los sentimientos religiosos. Así comienza, como anteriormente en Alemania, un conflicto que no puede encontrar solucion pacífica sino elevándose la religion al dominio del ideal.»

Por nuestra parte, y no siendo nuestro ánimo entrar directamente en la polémica, sino señalar solamente una de las fases del pensamiento contemporáneo con relación á la Metafísica y á la constitucion de la ciencia en general, nos limitamos á las indicaciones del texto, que bastan á nuestro propósito. En lo demás, y como muestra solamente de lo difícil de la empresa, cuando se concreta la conciliacion deseada á una determinada forma religiosa, señalaremos el hecho recientemente acaecido en nuestra patria de que, habiéndose abierto un concurso por la Academia de ciencias morales y políticas para refutar la obra de Drapper: *Conflictos entre la religion y la ciencia*, no ha logrado alcanzar el premio ninguna de las cincuenta y tantas Memorias presentadas al objeto, aun á pesar de las favorables disposiciones de que naturalmente debia encontrarse animada la corporacion que abrió el concurso en busca de una solucion afirmativa.

(*) Se trata del discurso pronunciado por Tyndall como presidente de la *Asociacion británica para el adelantamiento de las ciencias*, en la sesión de Belfast en 1874.

emplear al menos, carece de base el reparo y es gratuita la consecuencia que se saca.

Descartando, en primer lugar, el sentimiento como ageno al orden científico y que solo bajo el conocimiento es como surge en el espíritu, la imaginacion, en efecto, que no es más que el sentido interno, no puede dar en ningun caso sino representaciones sensibles, que se alejarán tanto más de las del mundo exterior, cuanto con mayor libertad sean combinados los datos que á la exterioridad se tomen; y la Fé religiosa, igualmente, ora sea que se ejercite sobre principios ideales cuya ininteligibilidad racional es proclamada de antemano, ora verse sobre cuestiones de hecho que traspasan la experiencia humana, ninguno de estos dos medios es el natural é indicado para constituir el conocer en condiciones de científico, y mucho menos en su respecto ideal y como conocer de razon.

Si se dijera solamente que la imaginacion poética ha entrado por mucha parte en *ciertas* construcciones metafísicas, ó que la dogmática religiosa se sustituye á estas construcciones, no habria inconveniente alguno en reconocerlo así, puesto que la historia de los sistemas filosóficos como la de las religiones positivas lo atestiguan juntamente. Aun si se dijera que los sistemas filosóficos tienen su trascendencia al arte, como la tienen tambien las concepciones religiosas, y se afirmára con Schopenhauer (1) que todo sistema metafísico tiene su forma religiosa, y toda concepcion religiosa entraña un sistema metafísico, no habria dificultad tampoco en asentir á estos asertos, porque la Metafísica transciende, efectivamente, á la religion y al arte, así como estos, á su vez, anticipándose á ella en su aparicion histórica, determinan los lineamientos primeros de las construcciones metafísicas, y las prestan contenido antes de que ellas se le adquieran por sus medios peculiares y con caractéres reflexivos.

La religion y la poesía son distintas de la Metafísica aunque se relacionen con ella; y si en los sistemas metafísicos que han aparecido en la historia entran elementos poéticos ó sugerencias religiosas, no debe confundirse la Metafísica con sus formulaciones concretas. Como ha dicho Gœthe, los sistemas pasan, la filosofía

(1) V. Ribot: *La filosofia de Schopenhauer*; cap. II. Principios generales de su filosofía.

queda, y su perfeccion y progreso estriban precisamente en constituir su contenido por medios y caminos propios, sustrayéndose á influencias extrañas y procurando implantar la suya en el pensamiento y en la vida.

La aspiracion más reciente, por ultimo, que el experimentalismo ha formulado, y á la que parece asentir en parte la escuela de la especulacion ideal, es la de constituir la Metafísica, y la Filosofía en general, por los procedimientos y métodos apellidados *positivos*, que emplean en su construccion las ciencias experimentales (1).

Mas hasta qué punto y razon es asequible este deseo? Podrian ser construidas la Filosofía y Metafísica con los datos de la experiencia y los métodos inductivos? La sola consideracion lógica de lo que representan estos medios en la organizacion del conocer hace contestar en contrario. Los datos experimentales que nos proporcionan los sentidos, ni considerados aisladamente ó acumulados por la tradicion y la herencia y extendidos por la generalizacion inductiva, ó de cualquier otro modo que elaborárselos pu-

(1) Dan testimonio de lo primero las pretensiones antes indicadas de Lewes, Hogdson, Main y, en general, el positivismo inglés, y es indicio de lo segundo el lema, citado tambien, que pone Hartmann al frente de su *Filosofia de lo inconsciente*. Aun el mismo Vacherot parece asentir á esta aspiracion al denominar á su obra *Metafisica positiva*. «El espíritu de este libro, dice, está todo entero en su título. Es decir, que yo creo en la Metafísica sin creer en las abstracciones realizadas, que tan frecuentemente nos han sido presentadas bajo aquel nombre. Yo no soy ni empírico ni idealista en el sentido histórico de estas palabras: creo en la razon y en su alcance trascendente, así como en su objeto propio; pero tengo tambien para mí que no vale más sin la experiencia que la imaginacion y el entendimiento, y que fuera de la realidad, su objeto no es nunca otra cosa que un ideal del pensamiento... La razon para mí no es esa facultad, misteriosa en su modo de accion y divina en su origen, que la filosofía idealista ensalza más bien que describe; y si el falso y superficial análisis de Locke y de Condillac no ha conseguido definirla, el análisis verdadero recobra hoy dia sus derechos y muestra á las concepciones racionales desprendiéndose de los datos de la experiencia por una necesidad lógica fundada sobre el principio de identidad.» (Preface, XLVI). Sin embargo, entendiendo solamente por estas indicaciones la necesidad de compenetrar y componer todos los modos del conocimiento para la integracion del saber, y aun la necesidad de que la experiencia comun preceda al conocimiento científico, y éste al especular metafísico, no habria inconveniente en aceptarlas casi todas; pero en sentido estricto y rigoroso, toda filosofía, como despues hemos de ver, es necesariamente *idealista*, aunque no tampoco en la acepcion histórica de esta voz, en cuanto expresion de una de las soluciones al problema del conocimiento.

diera, no salen ni pueden salir de la esfera de los hechos, ni del horizonte de los fenómenos (1). El reino de los noúmenos y esencias, la region de las Madres del Fausto, quedaría siempre inasequible á los esfuerzos de la experiencia: la razon únicamente es la que puede conducirnos á esta tierra de lo inmutable.

Podrá, de su parte, la experiencia conducir el conocimiento hasta los hechos primeros y últimos *en el orden de nuestra experiencia actual*; pero no la será dado salirse nunca de este orden, ni traspasar los insuperables linderos que representan el nacimiento y la muerte, en el individuo y en la especie, en la Tierra y en el Cósmos. El reino de lo incognoscible, ó más bien, la region de lo desconocido absoluto, está en la esfera de los hechos y no en el conocer ideal; pues mientras se estrella la experiencia ante aquellos valladeros supremos, la idea racional impera más allá de todo tiempo y espacio, como eterno ejemplar de las cosas y fondo inagotable para su manifestacion en los fenómenos.

II.

Desembarazado el camino de la especulacion ideal de los impedimentos y obstáculos que suelen acumular en él las escuelas positivistas, nos hallamos en aptitud de acercarnos á nuestro asunto, proponiéndonos la cuestion de lo que la Metafísica es en el

(1) Así parece reconocerlo abiertamente uno de los más fervientes e ilustrados discípulos con que cuentan en España las doctrinas positivistas. «Las grandes concepciones metafísicas, dice, los conceptos más admirables, los más culminantes productos de inteligencias elevadas, no han surgido, no, señores, de las filosofías empíricas. La filosofía de Platon, la de Spinoza, la de Leibnitz, la de Krause, han llegado á descubrir nuevos horizontes; quizás se han encumbrado y descubierto nuevos puntos de vista. Algunas veces el pensador emite ideas que parecen otros tantos destellos del génio; el filósofo es algo más que filósofo, es profeta, es adivino; pero, si el positivista no les sigue en sus alturas porque sabe que no han llegado á ellas por el medio positivo, siempre mundanal y práctico.... no dice como el vulgo que esos... sistemas... sean la vision del soñador. Y aunque lo fueran, concluye, aquí podríamos decir con Mr. Renan: «Todos quisiéramos estar enfermos como Pascal y no sanos como el vulgo.» (*El Positivismo.... conferencias dadas en el Ateneo Barcelonés por Pedro Estasen y Cortada; 2.ª conf., pág. 52*).

órdjen del conocer humano, y las condiciones orgánicas en que debe ser construida; mas para contestar, sin embargo, á una pregunta semejante con visos de fundamento lógico y no por modo autoritario, tenemos que retroceder nuevamente á la unidad del conocer y á su determinacion interna en los géneros del conocimiento, para venir por pasos graduales á encontrar la Metafísica dentro del organismo total que el conocimiento constituye.

Y otra vez aquí tengo que pediros dispensa por lo poco ameno del asunto; mas si la legitimidad de la Metafísica ha de quedar asentada sobre sólidos fundamentos y no descansar meramente en amplificaciones oratorias y en motivos de sentimiento, no hay medio de dispensarse de estas escusiones á la Lógica, en la cual tienen que buscar su sancion las construcciones particulares que en el conocer se produzcan.

Colocándonos, por lo tanto, en la unidad de su concepto, como punto de partida para caracterizar el conocimiento en sus direcciones y modos, hallamos que es el conocer, en su noción unitaria y sobre toda distincion entre sujeto y objeto; el sér mismo de las cosas en cuanto se dan unas con otras á relacion de *distincion en presencia*, conservando cada una la substantividad que la es propia; y en este respecto y sentido es como cabe entender lo que indicábamos ántes sobre la cognoscibilidad de lo real y la realidad de lo cognoscible.

Mirado luego el conocer como relacion entre dos términos, la concurrencia de los cuales es igualmente necesaria para que la relacion se produzca, se nos aparece en el espíritu como facultad ó poder activo para *atestiguar* la presencia de las cosas, y se nos ofrece en estas como capacidad ó aptitud para *ponerse* ante el espíritu, y constituir la relacion en que el conocimiento consiste. Implica esta, por lo tanto, *presencia y distincion* de los términos que á la relacion se dan, y llena su cualidad y carácter cuando es recibido el objeto conforme á su sér cognoscible, y hace esta recepcion el sujeto segun su sér cognoscente, y con conocimiento de ello otra vez. Cuando estas condiciones se cumplen decimos del conocimiento entonces que tiene verdad y certeza, objetivas y subjetivas, y que conforma á un mismo tiempo con la ley de la realidad y la ley del pensamiento.

Mas, aunque lo cognoscible todo, y sin que empeza para ello la cualidad de finito ó infinito, se dá necesariamente á relacion

de presencia ante el sujeto que conoce, produciéndose el conocimiento con la propia necesidad, no se signe de aquí que el conocimiento resultante llene siempre adecuadamente su cualidad y carácter. La distraccion del sujeto á la presencia del objeto; la mala aplicacion y empleo de sus medios cognoscentes ó la falta de ritmo artístico al ejercitarlos en el tiempo; la finitud de estos medios mismos, así como, por otro lado, la fecundidad inagotable de lo cognoscible en las cosas, pueden hacer, y hacen efectivamente, que el conocer de cada sujeto no responda todo él á su cualidad conveniente, siendo en parte equivocado y erróneo, además de limitado y carente, ó que, aun siendo verdadero, no lo conozca así el sujeto y no pueda, por consiguiente, estar cierto de su verdad.

Es obligado, por lo tanto, para todo sér que conoce el hallarse constantemente en conocimiento efectivo, y aun el poseer alguno de entera verdad y certeza, pero puede, en su estado histórico, alcanzar grado muy distinto, desde el del conocimiento comun desorganizado y fragmentario, aunque con base de partida siempre para rectificarle debidamente, hasta un conocer adecuado que responda plenamente á su cualidad y carácter.

Tal conocer cualificado, visto como una entidad lógica con independencia del sujeto y de su formulacion por él, es lo que se denomina *la Ciencia*; mas pretendiendo la experiencia acaparar este nombre para el conocer de su órden, negando la aplicacion del mismo al investigar de la razon, habría que designar con otro término, el de *saber*, por ejemplo, la composicion unitaria de toda la realidad lógica en un organismo adecuado.

De esta primera concepcion procede luego el espíritu á determinar su contenido bajo el punto de vista lógico, segun lo cognoscible de las cosas y los medios cognoscentes con que pueden ser percibidas, y atendiendo á este doble aspecto resulta dividido el saber en tantos miembros superiores y determinaciones genéricas cuantos son los medios cognoscentes y los aspectos cognoscibles que se corresponden con ellos. Estos miembros superiores, estas determinaciones totales que dentro del saber se dán, pueden tomar su nombre, ora del elemento objeto, ora del elemento sujeto, ora del conocimiento mismo como el producto de la relacion entre ambos, y en cualquier respecto que lo hagan indicarán desde luego la naturaleza y carácter del conocimiento integrante, por la correlacion y acuerdo que entre sus elementos existe.

Los nombres de *Filosofía*, *Historia*, y *Filosofía de la Historia* eran los hasta aquí designados bajo el término de unidad *Ciencia* para las direcciones primeras que en el conocer todo se dan; mas haciendo empeño la experiencia en reservarse para sí, como ántes hemos indicado, el uso del vocablo *Ciencia*, habría, de accederse á ello, que considerar el de *saber* como término de unidad, empleando el de *Ciencia* como el de oposición á *Filosofía*, y el de *Ciencia filosófica* ó *Filosofía científica* para el de la composición de ambas.

El conocer humano entonces, que llenará su cualidad, quedaría así determinado en estas tres direcciones, ó géneros de saber primarios:

FILOSOFIA: saber acerca de lo esencial, adquirido por la razon y formulado en ideas.

CIENCIA: saber acerca de los fenómenos, conseguido por la experiencia y formulado en representaciones sensibles.

FILOSOFIA CIENTÍFICA ó **CIENCIA FILOSÓFICA:** saber de la relacion entre la esencia y los hechos, ó, lo que es lo mismo, de las leyes, alcanzado por el entendimiento y expresado por las nociones generales.

No habría por qué disputar, repetimos, si la cuestión se limitará solo á nombres; mas insistiendo aquí tambien la experiencia en sus pretensiones exclusivas, no admite en la unidad del saber determinaciones substantivas y congéneres con medios y esfera de accion propios, sino que, reivindicándolas todas para el indagar de aquella, y concretando su alcance á la esfera de los fenómenos y al reconocimiento de las leyes á que se someten estos, establece una *gradacion* solamente que, en sus últimas pretensiones, comprende ya la Metafísica, proponiendo se denomine *Metempírica* á todo conocimiento que no venga de la experiencia y pueda ser verificado (1).

La Ciencia, la Filosofía y la Metafísica vendrian á ser así tres escalones graduales del conocer experimental. Representaría la *Ciencia* el conocer *verificado*; se constituiría la *Filosofía* con la generalización de la ciencia y la determinacion de las leyes de los hechos en cada orden de los mismos, é integraría la *Metafísica* una

(1) Véase el artículo antes citado de Mr. Carrau sobre la Filosofía de G. H. Lewes, en la mencionada *Revue philosoph. de la France et de l' étranger*.

generalizacion más alta y como de segundo grado, en donde tuvieran su unidad ó se aproximaran á ella los conocimientos científicos (1).

Todavia, y á salvo la precision técnica y el sentido usual de las voces, si han de evitarse confusiones, podria sin dificultad reconocerse en el saber de experiencia una determinacion gradual en la esfera de los hechos, abarcando estos cada vez más anchurosos horizontes hasta llegar á un hecho último que les comprendiera á todos; pero si esto puede admitirse y ver en tal aspiracion el *desideratum* de la experiencia, no hay modo de reconocerle como fuente de la Filosofía y Metafísica, en cuanto representan una y otra direcciones racionales dentro del todo del saber.

Coloca, además, la experiencia la condicion principal y cualidad característica del conocimiento *científico* en que este sea *verificable* ó comprobable con hechos, bien que estos sean expontáneos ó que se les provoque de intento; mas si nada habria que objetar en cuanto redujera tal carácter á señalar *una diferencia* entre el conocer experimental y él que procede de la razon, no es posible asentir tampoco á la pretension que en esto se envuelve de negar á la especulacion ideal las condiciones de un verdadero saber. No tan solo puede constituirle, sino que dá fundamento y base al saber de la experiencia, en cuanto la esencialidad racional precede lógicamente á la fenomenalidad observable.

Aparte luego de esto, la verificacion de los hechos no es bastante por sí sola para dar carácter científico al conocimiento de su órden. La reproduccion de los fenómenos, y aun su repeticion indefinida y constante, expontánea ó voluntaria, muestran solamente la existencia efectiva de aquellos, sin constituir para el sujeto que los observa más que materiales de ciencia y no ciencia

(1) Este sentido de la unidad es principalmente el que sirve á Herbert Spencer para la gradacion del saber. «La filosofía, dice, es un conocimiento de una especie diametralmente opuesta á la que nos dá inmediatamente la experiencia con la reunion de los hechos. Es el producto final de la operacion que comienza por una mera reunion de observaciones secas; se continua por la elaboracion de proposiciones más amplias y más desligadas de casos particulares, y conduce á proposiciones universales. Para dar á la definicion su forma más clara y más sencilla, diremos: el conocimiento de la especie más humilde es el saber *no unificado*; la ciencia, el saber *parcialmente unificado*; la filosofía, el saber *completamente unificado.*» (*Los Primeros Principios*; pág. 140 de la trad. franc, de E. Cazelles, París, 1871.)

ya construida, ni saber propiamente tal. Bajo la cuestion general, que la experiencia no resuelve, de la posibilidad del conocer para el hombre con plena verdad y certeza; bajo la apreciacion lógica del valor en relacion del conocimiento de cada orden, y bajo el exámen, segun criterio apropiado, de la efectiva realidad del hecho, por la posibilidad racional del mismo y la dè su percepcion por el sugeto en cada caso y circunstancias, la elaboracion de los conocimientos de experiencia para constituirse en científicos, se somete á condiciones especiales en fondo, en forma y en método, sin satisfacer á las que no constituirían ciencia. Así, aun poseyendo un caudal de hechos, cuya existencia efectiva haya sido comprobada por los criterios oportunos, no hay ciencia verdaderamente sino cuando, bajo la determinacion de las formas en que se produce todo hecho, se reconocen y establecen las relaciones de *causalidad, condicionalidad y fin* que median entre los mismos; cuando en su disposicion formal se someten á las condiciones sistemáticas de *unidad, variedad y armonía*; y cuando en su investigacion metodica se parte desde base firme y se asciende con paso seguro por procedimientos adecuados. A faltar estas condiciones, habria solo narracion ó acumulacion de hechos; datos y *contribuciones*—según frase hoy empleada—para constituir ciencia, pero no ciencia construida, ni conocimiento organizado.

La verificacion, por lo tanto, es solo condicion interna del saber experimental; y éste, á su vez, es como verificacion total del especular de la razon, que no puede, en efecto, pero que no necesita tampoco verificar sus asertos, por lo mismo que no se refieren á hechos. En cuanto á las demás condiciones, la Filosofía más fácilmente aún que la Ciencia puede llenarlas en su esfera; porque moviéndose con necesidad dialéctica en el campo de lo inmutable no corre, como la experiencia, el peligro de ser engañada por los aspectos cambiantes de la realidad fenoménica, ni por las perturbaciones frecuentes de los sentidos corpóreos que para su observacion la sirven.

Reconociendo, en consecuencia, la legitimidad indisputable de la Filosofía y de la Ciencia, como los dos géneros opuestos bajo la unidad del saber; y admitiendo, asimismo, su compenetracion en un tercero en el que tienen su armonía, el conocer humano entonces resulta íntegro y completo bajo todos los respectos en que puede ser considerado.

La Filosofía se sirve de la razon como fuente, conoce lo esencial en las cosas, y formula sus resultados en una construccion de ideas que escapan á toda representacion sensible. Su reino es el de lo inmutable y eterno; el de los noumenos intangibles.

La Ciencia busca su fuente en el sentido, sea este interno ó externo; conoce solo las apariencias fenoménicas, y coordina su conjunto en una construccion de hechos que son la manifestacion de las ideas. Es el reino de lo movable y cambiante; el campo del suceder continuo.

La Filosofía científica ó la Ciencia filosófica; la *Nomología* propiamente, como debería ser llamada, es la region intermedia en que aquellas otras se encuentran. Es su fuente el entendimiento generalizador y abstracto; aprecia las relaciones recíprocas entre la esencia y el hecho; y ordena sus resultados en un sistema de principios generales que representan las leyes, ó formas permanentes de cambio, bajo las que se producen las mudanzas. Su dominio es la region intermedia entre lo permanente y lo cambiante, entre lo infinito y lo finito, y á ella más que á la historia podria ser aplicada aquella frase de Schopenhauer: *eadem sed aliter*; la misma y siempre otra.

Consideradas en su facultad formadora, toda verdadera Filosofía tiene que ser necesariamente racionalista, como sensualista toda Ciencia, y como intelectualista toda construccion compuesta: vistas en sus resultados lógicos, será toda Filosofía, idealista; representativa toda Ciencia, y abstracta toda Nomología; y comparadas en su método y camino procederá la Filosofía desde lo uno á lo vario buscando la individuacion; arrancará de esta la Ciencia en busca de la totalizacion, y operará la Nomología sobre totalidades parciales é individualidades genéricas, que son como el lazo de union entre la individualidad finita y la unidad infinita.

Cuando se valoran en absoluto estas determinaciones genéricas de la unidad del saber, no cabe establecer entre ellas postergaciones ni preferencias: todas tienen el mismo rango y son igualmente necesarias para la integracion de aquél; todas se exigen mútuamente y se complementan entre sí. La Filosofía aisladamente es vaga idealidad sin colorido y sin relieve; la Ciencia sin Filosofía, es oleaje caótico de apariencias que se atropellan; confuso conjunto de signos sin interpretacion y sin sentido. Un hecho, el más insignificante, basta á veces para sugerir al espíritu un principio de

razon fecundo en aplicaciones (1); un principio, á su vez, arroja la luz de la evidencia sobre hechos antes incomprensibles (2). Consideradas la Filosofía y la Ciencia bajo el punto de vista lógico, aparece aquella como la primera en órden y superior en categoría; pero vistas en relacion cronológica se invierte la respectiva importancia y se vuelve á la igualdad gerárquica para su apreciacion en la vida. Con Filosofía y sin Ciencia seria ésta un extasis contemplativo y un quietismo adormecedor y enervante; mas con Ciencia y sin Filosofía, seria entonces un vértigo sin ideal y un descompasado movimiento.

Siendo, pues, igualmente necesarias la Filosofía y la Ciencia para la integracion del saber y para la direccion de la vida, no cabe establecer entre ellas un antagonismo real que perjudicaría á los progresos de una y otra. El generoso propósito que envuelven estos versos de Schiller:

«Que la discordia reine entre vosotros, filósofos y sabios; no ha llegado todavía el tiempo de vuestro acuerdo:

Dividiendo vuestros esfuerzos en la investigacion, es como concluiríais por encontrar la verdad;
esta frase, decimos, necesita ser rectificada en una parte, sin privarla de su noble intencion.

(1) «El hecho que ha servido de punto de partida al sistema de Darwin es tan prosaico y vulgar, que un metafísico no se hubiera dignado nunca fijar en él los ojos..... Cuando hace algunos años la exposicion universal reunia en París las más hermosas muestras de estas diversas industrias (las pecuarias); cuando todavía en los concursos departamentales se premian anualmente los mejores productos de la cría de ganados, ¿quién hubiera creido, quién podria pensar siquiera que en estas exposiciones y en estos concursos estuviera interesada la teodicea? Y, sin embargo, los hechos de la naturaleza se ligan unos á otros por un vínculo tan sutil y continuo; los accidentes más insignificantes, en apariencia, están de tal modo sujetos á leyes permanentes y generales, que nada puede ser indiferente á las meditaciones del pensador, sobre todo, en hechos que tocan tan de cerca al misterio de la vida.» (Janet.—*El materialismo contemporáneo*.—pág. 134 de la tr. esp. del autor). Mr. Littré, en su *Preface d'un disciple* á la obra de Comte, cita este mismo pasaje como prueba de «la necesidad reconocida por la metafísica de dar voz consultiva, al menos, á las ciencias positivas, en las cuestiones que aquella agita.»

(2) «Yo me resigno, dice el METAFÍSICO de Mr. Vacherot, á esta imperfección de la metafísica que tiene tan profundo alcance; y me resigno tanto más gustoso, cuanto que á mi juicio un solo rayo de esta inefable luz esclarece más la escena del mundo que toda vuestra ciencia positiva» (Vacherot, obra citada, pág. 2).

No es la lucha entre la Filosofía y la Ciencia, entre la experiencia y la razon la que debe continuar por más tiempo, prolongando lo que se podria llamar *guerra civil del pensamiento*, sino la de unos sistemas contra otros en Filosofía y en Ciencia. Estas, y su composicion en la Filosofía científica, deben pelear reunidas como las *tres armas de un ejército* contra adversarios iguales y armados de las propias armas. Idea contra idea, hecho contra hecho y ley contra ley. Solo así es como podrá ser fecunda la lucha; porque lo que se parece, como dice Mr. Ribot, (1) á «aquellos torneos de las epopeyas caballerescas en que dos paladines esforzados pugnaban por despedazarse mútuamente, y salian ambos del combate sanos y vigorosos,» no es la lucha de los sistemas filosóficos ó científicos unos con otros, sino la de aquellos con estos y la de estos con aquellos. ¡Luchas estériles y disputas inacabables como de quienes blanden armas distintas y hablan idiomas diferentes! (2) En el terreno filosófico la *concurrencia vital* ha dado tambien sus frutos y practicado su *seleccion*; y si es el progreso más lento que en el terreno de la ciencia, aunque no van quizá tan distantes como á primera vista parece, es en cambio más hondo y trascendente, y guarda proporcion con la virtualidad de la idea.

En lo demás, las circunstancias históricas por las que han atravesado la especulacion ideal y el indagar de la experiencia espli-can suficientemente su temporal enemiga, y aun cuando haya en ambos campos todavia quienes continúen mirándose con desconfianza recíproca, déjase tambien sentir ya en ellos el deseo de una concordia duradera, (3) como es de necesidad que exista entre fuerzas concurrentes hacia un mismo y solo objetivo: la investigacion de la verdad y su posesion con certeza.

(1) Ribot, *La Filosofia de Schopenhauer*, cap. VII, pág. 211 de la trad. esp.— Salamanca, 1879.

(2) Los ataques de la ciencia contra la filosofía, dice Mr. Barthélémy-Saint-Hilaire, son menos justificados todavia que los que la dirige la religion, con ser bien poco fundados. Hasta cierto punto, la religion podria crecerse amenazada;.... pero qué tiene que temer la ciencia de la filosofía y de la Metafísica? Y por el contrario, ¡qué auxilios no podria recibir de ellas! ¡Qué datos más fructíferos no podria tomarlas! Qué alianza tan fecunda! (*De la Metaphysique; Introduction á la Metaph. de Aristóteles*, pág. 135).

(3) Hemos citado anteriormente los nombres de algunos sabios que desean esta conciliacion desde el terreno de la ciencia: bajo el testimonio de Mr. Nolen, pode-

III.

Reivindicada en su derecho la especulacion filosófica como una de las formas intelectuales que puede revestir el saber, y hecha justicia al mismo tiempo á la investigacion científica como forma igualmente legítima para la integracion de aquél, podemos ya venir á determinar con precision la naturaleza y carácter del conoer metafísico, así como tambien á señalar el *objeto* á que tal conoer se refiere, y por la determinacion del cual se constituye la Metafísica en una individualidad dentro de la Filosofía.

Y aplicando á este género lógico las condiciones de forma *unidad, variedad, armonía*, en que todo saber se organiza, hallamos lo primero que es la Filosofía *una*, y Filosofía en unidad, antes de determinarse interiormente en la variedad de direcciones correspondientes á la variedad de objetos, que, para su conocimiento, pueda ofrecer la realidad.

La Metafísica es esta Filosofía unitaria, ó unidad del saber filosófico en su consideracion lógica; y como tal consideracion precede necesariamente en su informacion cronológica á toda determinacion particular dentro de la Filosofía misma, resulta así la Metafísica como la *Filosofía primera* segun la denominaba Aristóteles. Es, pues, la Metafísica en el respeto indicado la Filosofía determinable, y no determinada aun por referencia precisa á objeto cog-

mos indicar igualmente los de varios pensadores á quienes anima el mismo deseo desde el campo de la filosofía. «En Francia, en Alemania, en Inglaterra, dice este escritor, la causa de la conciliacion de la ciencia y de la filosofía ha encontrado hábiles y valerosos intérpretes. Sin hablar de las tentativas que recomiendan en Alemania los nombres de Lotze y de Hartmann; de la distincion mantenida por Spencer entre el dominio de la creencia y el del conocimiento, ni de la confesion final de Stuart Mill en sus *Ensayos sobre la religion*, nos limitaremos á recordar las tentativas que se han hecho en nuestro pais por pensadores eminentes. Porque, la *Critica* de Renouvier, la *Metafísica y la Ciencia* de Vacherot, la reseña de Mr. Ravaison sobre *La Filosofía francesa* del siglo xix, el libro de Mr. Caro sobre *El Materialismo y la Ciencia*, y la obra reciente de Mr. Janet sobre *Las Causas finales*, ¿no están penetradas todas ellas de la misma necesidad á que debe su origen la *Historia del Materialismo*? (Nolen.—Introd. á la trad. franc. de la *Historia del materialismo* de Lange, hecha por Mr. Pommerol.—Paris, 1877).

noscible concreto; y á virtud de este carácter cabe fijar su relacion con las determinaciones interiores que en la Filosofía se producen, y reciben explicacion las adjetivaciones diversas con que ha solidó apellidársela. *Filosofía pura*, *Filosofía general*, *Filosofía teórica*, son sinónimos que, con más ó menos propiedad, se han aplicado á la Metafísica, y que envuelven todos ellos la idea de prioridad unitaria en que se cifra su distintivo.

Resultando la Metafísica, bajo el punto de vista lógico, como la Filosofía en unidad y primera, no hay gran impropiedad tampoco en designar, en contrario, las determinaciones internas que en la Filosofía se dán con el nombre de Metafísicas de variedad y segundas, ó Metafísicas parciales y de objeto determinado, como *Metafísica del Espíritu*, *Metafísica de la Naturaleza*, *Metafísica de las costumbres*, y otras á este tenor que se han empleado con frecuencia por la especulacion racional; más, en extricto rigor lógico, no cabria identificarlas, ni tomar como equivalentes la Filosofía y Metafísica. La relacion que entre ellas media es la del todo á la parte, la del género al individuo, la de continente á contenido. La Filosofía es el todo del conocer racional, un género del saber y la continente del filosófico; la Metafísica es una parte, y la primera en formacion temporal, dentro de la Filosofía; es una individualidad filosófica contenida en la Filosofía como en el todo de su género. La afirmacion que hoy suele hacerse por las escuelas de la experiencia de que la Filosofía en adelante se reducirá á la Metafísica, solo es aceptable entendiéndola en sentido trópico, y á calidad, en tal caso, de considerar los saberes filosóficos como Metafísicas segundas ó determinaciones más concretas de la Metafísica propia. A entenderlo de otro modo, y significarse con ello que el conocimiento filosófico es solamente el resultado de generalizar la experiencia, habria que rechazar el aserto, comprobando nuevamente el derecho de la Filosofía á constituirse en saber con igual derecho que aquella.

No será inútil advertir, aunque vuestra ilustracion no lo requiera, que los nombres de Filosofía y Metafísica formados ocasionalmente con voces de la lengua griega, están lejos de responder en su sentido etimológico á la significacion que se les dá, así en el lenguaje ordinario como en el tecnicismo científico; pero como quiera, sin embargo, que tienen la sancion del uso para designar respectivamente el género del saber racional y la concrecion pri-

mera de éste, pueden seguir siendo empleados con esta aplicacion y sentido, sin que haya de preocuparnos gran cosa su derivacion filológica.

Prosiguiendo en caracterizar la Metafísica por todos sus elementos lógicos, hallamos con relacion á su fuente ó medio de conocimiento, que ha de ser esta la *Razon* como lo esencial de la inteligencia y como fuente comun de todo el indagar filosófico. La Metafísica, en lo tanto, no se constituye con el sentido, sea este interno ó externo, ni con el entendimiento meramente. Ni la observacion más delicada y paciente, ni la generalizacion más comprensiva y extensa, ni la abstraccion más alambicada y sutil son medios de conocer adecuados para procurarla contenido. La Metafísica en su filiacion subjetiva y facultad informadora, es, y tiene que ser por necesidad, puramente *racionalista*. El sensualismo y el intelectualismo no pueden, en rigor, constituirla, y si en la historia del pensamiento aparecen formuladas por la mediacion de estas fuentes construcciones que pasan por metafísicas, ó no merecen en realidad tal dictado, ó son obra de la razon en lo que de metafísicas tienen; y en cuanto á la oposicion, por último, que la conciencia religiosa suele establecer á menudo entre la *Razon* y la Fé, entre el pensamiento racional y la revelacion divina, no puede ser objeto de crítica ni de discusion meramente lógica, en el sentido en que cabe que lo sean los otros medios de conocer. La Filosofía se limita á consignar únicamente que entre la *Razon Absoluta* y la razon relativa no puede haber contradiccion y sí subordinacion tan solo. La *Razon* es una y la misma antes de toda distincion en infinita y finita, en absoluta y relativa, y en esta fundamental unidad encuentran su garantía y hallan su legitimidad las determinaciones finitas en que se manifiesta aquella. Habrá, pues, una esfera *supra-racional* para el hombre, pero no contradictoria con la de su razon finita (1).

(1) porque la razon humana, como participacion que es de la razon divina, como impresion de las ideas eternas (*impressio qædam rationum æternarum*), como derivacion y semejanza de la verdad increada que se refleja y brilla en nosotros—*participatio luminis increati*—*Similitudo increatae Veritatis in nobis resultantis*, segun la palabra y el pensamiento de Santo Tomás contiene y entraña una virtualidad infinita (*intellectus est infinitus in intelligendo—potentia quodammodo infinita—potentia ad omnia intelligibilia*), (Fr. Zeferino Gonzalez, *Historia de la Filosofia*, Prólogo, XVII).

Sirviéndose de la razon como medio aspira la Metafísica á conocer en su objeto el *contenido esencial* y no su *hacer* meramente, que es lo peculiar de la Ciencia. Hasta donde es esto asequible, tanto respecto de las cosas cuanto del alcance de la razon, lo hemos indicado ya antes al esclarecer lo que es la esencia y su relacion con los fenómenos; y hasta donde, por otro lado, podemos otorgar confianza al conocimiento de lo esencial habremos de verlo despues, al ponernos, con el método, la cuestion de la verdad objetiva y la de su posesion con igual clase de certeza.

Constituida por la razon y referida á lo esencial de las cosas, la Metafísica integra su contenido por un conjunto de *ideas* ó conocimientos ideales sometidos á una sistematizacion conveniente. La Metafísica es, por tanto, *idealista*, y todas sus formulaciones, si han de responder á su concepto, serán necesariamente otros tantos *idealismos*. Pero no hay que confundir tampoco, sintiendo infundadas alarmas, el sentido en que aquí se emplea este término con los varios y confusos que suelen á menudo asignársele. La *idea* es solo para nosotros el término de oposicion al conocimiento sensible que tiene por materia los hechos, y en este respeto y sentido es como cabe decir que toda construccion metafísica ha de ser necesariamente una ordenacion de ideas—(lo que no debe confundirse con la llamada ideología ó teoría lógica del conocimiento ideal), como todo sistema científico será una ordenacion de representaciones sensibles, y todo sistema nomológico una composicion de nociones ó conocimientos generales.

Considerando, pues, como *real* cuanto *es*, la realidad se parte para el pensamiento en realidad ideal y realidad representable, cuyos respectivos trasuntos son en la esfera de aquel la idea y la percepcion sensible, y se corresponden en las cosas con la esencia y con el hecho. De emplearse, en todo caso, los términos *real* y *realidad* para designar una sola esfera lógica y no este órden todo entero, sería más bien á la *idea* y lo *ideal* á lo que podrían ser aplicados, antes que al conocimiento sensible que solo nos dá las apariencias; mas, repetimos que debe ser rehuido este sentido exclusivo, y reconocerse por *reales* la esencia tanto como el hecho, y la idea tanto como la representacion sensible.

Resumiendo, segun lo expuesto, las notas ó caractéres lógicos que han de distinguir á la Metafísica, hallamos que tiene su fuente en la razon, conoce lo esencial en las cosas, y formula su conoci-

miento en ideas. Todo sistema metafísico habrá de ser, por lo tanto, para responder á su nombre, *racionalista* en su origen, *nouménico* en sus resultados é *idealista* en su conocimiento integrante.

Del olvido de estos caractéres y de la tergiversacion de los fines que debe cumplir la Metafísica han nacido principalmente los reproches y censuras que le han sido dirigidas. Dejándose influir unas veces por la imaginacion estética, abdicando su independencia otras en altares que no eran los suyos, y propasándose algunas á ponerse cuestiones de hecho, ha revestido en ocasiones el carácter de una concepcion genial antes que el de una especulacion reflexiva; se ha convertido otras en vestidura formal de enseñanzas y disciplinas extrañas, y ha querido tambien constituirse en experiencia ultra-terrena, pretendiendo penetrar las oscuridades del sepulcro, y fantasear nuevas condiciones de vida. La Metafísica circunspecta, é independiente al propio tiempo, ha de rehuir aventuras tanto como rechazar imposiciones. Sin mirar despectivamente los hechos, como alguna vez se ha permitido, no tiene por mision tampoco la de precisar su produccion, y menos todavía fuera de la experiencia terrena. Para responder á su fin, basta con que los interprete idealmente, descansando con *fé* *racional* en su realizacion futura.

Determinado el lugar que la Metafísica ocupa en el conocer filosófico, ofrécese luego la cuestion de su caracterizacion ontológica, asignándola el *Objeto* á cuyo conocimiento ha de aspirar.

Cuál es el de la Metafísica? He aquí la pregunta que necesariamente nos llama, si no ha de quedar reducida á mero pensar subjetivo, y si han de rectificarse en este punto las vacilaciones y dudas en que ha incurrido el pensamiento, ofreciendo coyuntura al conocer experimental para dirigirla por ello inculpaciones y censuras (1).

(1) Vacherot recoge esta objecion, formulándola y contestándola en estos términos.

EL SÁBIO... Veis, pues, que el objeto de la metafísica cambia con los sistemas y las épocas. Con Platon es la ciencia de las *ideas*; con Aristóteles la ciencia de las *causas*; con los Alejandrinos la ciencia de la *unidad*; con Spinoza la ciencia de la *substancia*; con Mallebranche la ciencia de las *ideas*, tomadas en su sentido un poco nuevo: con Leibnitz la ciencia de las fuerzas simples ó *mónadas*; con Schelling la

La afirmacion del idealismo subjetivo de que «no hay objeto sin sugeto,» no excluye la verdad de la proposicion inversa: «no hay sugeto sin objeto,» siempre que se interpreten ambas en el sentido de que la relacion del conocer, como la de otro orden cualquiera, no puede ser constituida sin la concurrencia de ambos terminos; mas la indicacion hecha por Hegel (1) de que la Filosofia «no puede presuponer su objeto,» es igualmente verdadera, si no ha de darse por resuelta, ántes de hallarse planteada, la misma cuestion que ha de discutir la Metafisica.

Se incurre en tal contrasentido y peticion de principio cuando se la atribuye desde luego el conocimiento de *Dios*, del *mundo* y del *hombre* como los objetos totales que en la realidad se dan, y cuya existencia, de este modo, es anticipada y presupuesta sin comprobacion ninguna científica; y se cae en el opuesto, pero no menos

ciencia de lo *absoluto*, con Hegel la ciencia de la *idea* pura; con los eclécticos la ciencia de todas estas bellas cosas á la vez. He aquí un hecho que no me podreis negar.

EL METAFÍSICO... No le niego, pero le explico. No niego la diversidad de las definiciones, pero sostengo que, sobre poco más ó menos, todas vienen á decir lo mismo. El pensamiento de Platon, de Aristóteles, de Plotino, de Spinoza, de Mallebranche, de Leibnitz, de Schelling y de Hegel es idéntico bajo las definiciones y fórmulas más diversas. Siempre y por todas partes la metafísica es el esfuerzo del espíritu humano para bajar al fondo ó subir á la cima de las cosas. Ella lleva el análisis hasta los elementos mas simples, hasta la substancia misma de los seres; ella eleva la síntesis hasta las leyes generales, hasta la unidad de la vida universal. Dios, el alma, la materia, qué otra cosa es esto más que lo absoluto en las tres categorías de la causa, la vida y la substancia? Lo absoluto por todas partes; lo absoluto en todas las categorías del pensamiento humano: cantidad, calidad, relacion, modalidad, tiempo, espacio, etc., este el objeto constante, invariable, único de la metafísica. Burlaos de estas pretensiones cuanto os plazca, pero reconoced que no ha variado jamás sobre este punto. (*La Metaph. et la Science*, tom. 1.^o pág. 50.)

A la misma objecion de falta de fijeza de la Metafísica contesta tambien Mr. Weber en su *Histoire de la Philosophie européenne*, pág. 593, con las siguientes palabras: «Al argumento que saca el positivismo de las incessantes variaciones de la metafísica, oponemos por nuestra parte la historia entera que acabamos de trazar. Si alguna cosa ha variado y varía de continuo, son las hipótesis de la física, de la química, de la psicología; si alguna ha permanecido de acuerdo consigo misma durante más de dos mil años, es precisamente la metafísica. Las grandes hipótesis de la unidad, de la continuidad, de la inmortalidad del ser, son anteriores á Platon y á Aristóteles, y han sido siempre como la substancia inmutable de la especulacion antigua y moderna.»

(1) *Lógica*, § 1.^o

palmario, haciendo de la Metafísica el conocimiento del *sér abstracto*, destituido de realidad y despojado de contenido. Ni es definición adecuada en el respecto objetivo la que hace de la Metafísica el conocimiento de lo *Absoluto* en esta vaga enunciación; porque, si se entiende por *Absoluto* el Sér incondicionado y Supremo, su ciencia en este caso no sería la Metafísica; y si se interpreta este *Absoluto* como el Sér sin relación, la definición entonces resultaría deficiente, porque en el conocimiento metafísico entra también la relación como uno de los elementos primeros que en la realidad se ofrecen para su consideración racional; y la sustitución, por último, de la determinación objetiva para constituir la Metafísica por una enumeración más ó menos detenida de las cuestiones interiores que se desenvuelven en ella, no suple tampoco á la designación del objeto sobre que la Metafísica especula para conocerle en razón. Es, pues, necesario precisar cuál es este objeto, y cuál el problema total que la Metafísica envuelve, antes de asignarla en concreto objetos determinados y de reseñar en detalle los problemas particulares á que debe de dar solución.

Ahora bien: si adoptamos el nombre *Sér* para designar con él á lo cognoscible todo en la plenitud indistinta de su contenido real, es el *Sér* el *objeto del saber*, especificándose éste luego, por razón de los aspectos que presenta cada elemento de los que á la relación concurren. Surgen así en la unidad del saber las determinaciones lógicas que ántes hemos reconocido, y cada una de las cuales resuelve el problema total bajo su aspecto peculiar; pero ninguna, sin embargo, parte ni divide el objeto en su contenido ontológico, dejándole íntegro y completo á la consideración de las otras. Así, la Filosofía y la Ciencia, igual que su composición en la Filosofía científica, tienen todas como objeto el *Sér unitario y total* en la indistinción de su contenido real, y la distinción que entre ellas media no proviene de que se adjudique cada una el conocimiento peculiar de un objeto determinado de los que en la realidad puedan darse, sino del aspecto cognoscible y del medio cognosciente que para considerarla emplean.

La Metafísica, asimismo, como Filosofía en unidad, tiene también por objeto al Sér de toda realidad para conocerle en razón, pero con el inmediato fin de determinarle y distinguirle en *entidad y seidad* y en la relación entre ambas para procurar objeto luego á todo saber ulterior dentro de la Filosofía. Es, por tanto, la Metafísica

ca la *Filosofía del Sér*, ó de la realidad total en su consideracion indistinta.

No se deducirá de lo dicho que el conocimiento metafísico constituya por sí solo todo el conocer filosófico en el respecto objetivo, pero si vá implicado en ello el que todo particular saber, dentro de la Filosofía, tiene que recibir su objeto de la investigacion metafísica. Ningun saber particular demuestra en sí, sino que recibe de otro, el objeto sobre que versa, y esta demostracion de objetos se produce en serie gradual de unos saberes á otros hasta venir á la Metafísica como la demostrante y fundante de los objetos totales y de las propiedades y relaciones primeras que en la realidad se dan. La Metafísica es así el *alma mater* del saber y la raiz de las ciencias, y á quererse dar de ella una explicacion más comprensiva que su mera definicion podría decirse en tal caso que es «*el conocimiento por razon y debidamente organizado de la realidad unitaria, y el reconocimiento en ella de las entidades substanciales, propiedades substantivas y relaciones capitales en que primeramente se determina.*

Enumerar en detalle sus cuestiones interiores, es de todo punto imposible sin exponer su contenido y desenvolverla en su doctrina.

Existe una realidad substancial?, se dá distincion en ella?, es espíritu? es materia?, es ambas cosas juntamente?, en qué relaciones se dán?, es permanente el individuo?, es real el mundo exterior?, existe el Sér Absoluto como el de toda realidad?, cómo sabemos todo esto?, con qué grado de certeza? Y en cuestiones ya mas concretas: qué son y qué significan en el pensar y en la realidad estas ideas primeras y categorías supremas, sér, entidad, seidad, relacion, esencia, forma, existencia, substancia, cualidad, cantidad, modo, género, especie, individuo y mil más á éste tenor?, qué son la eternidad y el tiempo?, qué la intension y el espacio?, qué relaciones engendran?, qué son el fundamento y la causa?, qué la finalidad y la ley?, qué son la ciencia y la verdad?, qué la belleza y el arte?, qué la moralidad y el bien?, qué son el movimiento y la fuerza?, qué la organizacion y la vida?, qué la planta y el animal?, qué el hombre y la humanidad?, cómo surge la sociedad?, cuál es la noción del derecho?, en qué descansa la justicia?, dónde se funda la religion?.... En una palabra, cuantos conceptos y nocións sirven luego de objeto á las ciencias, espirituales ó naturales, antropológicas ó abs-

tractas, otras tantas deben ser reconocidos primero en su generacion ideal dentro de la Metafísica. Seríamos, pues, interminables si hubiéramos de enumerarlas todas, y no es suficiente tampoco el hacerlo con algunas para caractizar la Metafísica en su determinacion objetiva (1). La universalidad que en este orden reviste la Filosofía, y el carácter fundamental dentro de ésta que damos á la Metafísica, no se oponen á una universalidad análoga relativamente á la Ciencia, ni á que se constituya en ella un saber de los hechos primeros correlativo al metafísico. Tendríamos así la *Metempírica* ó Ciencia en unidad del hacer, en los límites de nuestra experiencia presente y hasta el punto á que este puede llegar por su acumulacion en el tiempo y con el auxilio del pensamiento y discurso. Compuesta esta Ciencia con el saber metafísico resultaría la *Metanómica* ó saber de las leyes primeras por las que se rigen los hechos, y reunidas todas ellas bajo una *Propedéctica comun*, constituiríase de esta suerte una como *Enciclopedia*, unitaria y sintética á un tiempo, de todo el humano saber.

No es hoy esto una realidad, pero es una aspiracion á la que el espíritu humano se vá acercando gradualmente.

Los esfuerzos de la experiencia por hallar el *hecho unitario* en lo físiico y en lo psíquico, y la aparicion de la Psico-física para relacionar ambos órdenes, preparan la formacion de la verdadera

(1) Hé aquí otra enumeracion de cuestiones de entre las contenidas en la Metafísica, que hace Mr. Bersot:

«Todas las cuestiones que el espíritu puede proponerse, se reducen á las cuatro siguientes: Existe la verdad? Existe el sér? De dónde procede lo que es? Cuál es el orden del universo? Cada una de estas cuatro cuestiones encierra luego muchas otras. Existe la verdad? Dónde está? A qué condicion puede obtenérsela? Qué es la razon y cuál su alcance? Existe el sér, ó hay solamente apariencias? Si existe el sér, en qué consiste? Qué es el cuerpo? Qué es el alma? De dónde procede lo que existe? Ha tenido un comienzo ó no? No existe más que la naturaleza? Hay un Dios? Qué es? Si ha hecho el mundo, cuándo y de qué le ha hecho? Cuál es el orden del universo? Hay una ley superior, inmutable que haga aparecer y desaparecer las cosas, regule la existencia de cada una y la de todas en conjunto? Dónde nos conduce esta ley cuando morimos? A la nada ó á la vida? Si es á la vida, gira ésta sobre sí misma ó vá á la perfeccion y al reposo? Buscad las más altas cuestiones que el hombre puede proponerse sobre el mundo ó sobre sí mismo, y no habrá una sola que no entre en alguna de las anteriores. Pues la ciencia que las resuelve, ó que no las resuelve, pero que lo intenta por lo ménos, es la ciencia de los primeros principios, es la filosofía.» (Ernest Bersot, *Libre philosophie*, pág. 11.

Metempírica; y la doctrina evolucionista, reduciendo á esta ley suprema las formas todas de la existencia, es indicio igualmente de la aspiracion del pensamiento á constituir la *Metanómica*.

Háse dicho por alguien que «no se puede ser filosófico sin ser científico,» pero con la misma razon podría decirse lo contrario. Lo verdaderamente cierto es que tanto cabe que se vaya de la Filosofía á la Ciencia, como de ésta á la Filosofía, pero en uno y en otro caso con una preparacion conveniente y para unir y compenetrar las dos en una construccion metanómica, y constituir con las tres el saber unitario y primero á que antes nos hemos referido (1). De otra suerte, no podría tener fin nunca la rivalidad y enemiga que dividen hoy todavía á la Filosofía y la Ciencia, y á las que los intereses del pensamiento aconsejan poner término (2).

(1) Esta necesidad de reunir y compenetrar las fuerzas y medios todos de conocer para la obra de la sistematizacion de este y la consecucion de la verdad, borrando al mismo tiempo hasta las últimas sombras de exclusivismo intelectual que pudieran manchar la pureza del armonismo filosófico, es reconocida y proclamada por el ilustre pensador español, nuestro respetabilísimo amigo, el Sr. Salmeron, en las siguientes palabras, que no creemos interpretar torcidamente:

«Imparciales hasta reconocer la propia falta y solícitos por subsanarla, debemos confesar que por profundo que sea el surco labrado en el espíritu para que broten de sus entrañas las ideas; por intensa, circunspecta y hasta objetiva que sea la reflexion.... no basta hoy sobre todo, la especulacion para el filósofo, ni puede limitarse á sistematizar los datos de la conciencia: necesita conocer á lo ménos los capitales resultados de la observacion y la experimentacion en las ciencias naturales; penetrar, siguiendo sus crecientes progresos, en las regiones de lo inconsciente; indagar en la composicion de la Psico-física la unidad indivisa de la realidad; rectificar el añejo dualismo que ha hecho hostiles y recíprocamente deficientes la Física y la Metafísica; estudiar en la gradacion de los seres del Mundo, la gradual evolucion de lo inconsciente á la conciencia; concertar internamente el mecanismo y la teleología; y, en suma, pues que el filósofo es *sinóptico*, como decia Platon, afirmar la unidad de la Ciencia en el concepto que inside en el objeto, y cuya presencia real y eterna saca á luz y se hace íntima la conciencia racional del hombre. De esta suerte llegará á resolverse la contradiccion histórica entre el empirismo y el idealismo, sin desconocer ni anular ninguno de los elementos esenciales para la construccion científica»—(Prólogo al libro de D. Hermenegildo Giner: *Filosofia y Arte*,» XII.)

(2) En manera alguna, por lo tanto, podemos conformar con la tendencia que revelan estas palabras de Mr. Liard, en su obra «*La Science positive et la Metaphysique*: «La Metafísica moral no tiene, ni puede tener, una funcion científica. Nada hay en ella que venga de la ciencia, ni nada que vaya á la ciencia. Todos los filósofos, á excepcion de Sócrates y Kant, han pensado que la noción del primer princi-

IV.

Las consideraciones hasta aquí expuestas, si muestran, en general, la posibilidad del saber y fijan sus direcciones primeras, no resuelven, sin embargo, sobre la forma de adquirirle por el ejercicio en el tiempo de nuestra actividad pensante, ni aseguran para el conocimiento las garantías de verdad y las seguridades de certeza que debe inspirar al espíritu; dejan completamente en pie las dudas que pueden asaltarle sobre el valor de las construcciones que formula, y no marcan al pensamiento el norte á que debe hacer rumbo ni la pauta á que ha de ajustarse para dar solidez á su obra, y hallarla término y remate con las seguridades y resguardos que el conocimiento requiere, si no ha de resultar pendiente de una interrogacion excéptica ó de una duda melancólica.

Esta es la función que tiene que llenar el método.

«Desde la primera certeza del espíritu en la inmediata evidencia de sí mismo,—dice un filósofo español,—hasta la certeza más compleja del hombre en su relación objetiva con el mundo bajo Dios; desde el punto de partida hasta el resultado del conocimiento, toda la filosofía se cifra en el método: la actividad pensante se resuelve en discurso y proceso intelectual hacia su fin, el *conocer*;

pio de las cosas era la premisa indispensable del saber universal, y que debían salir de ella, por una deducción progresiva, las leyes particulares de cada ser y de cada fenómeno. Ciencia positiva y metafísica son esencialmente distintas. Complace á veces considerarlas como dos hermanas temporalmente enemigas q'ie tratan de reconciliarse, pero toda tentativa en este sentido está destinada á fracasar porque no tiene razon de ser. La ciencia y la metafísica no tienen ni el mismo objeto, ni los mismos procedimientos, ni el mismo fin, ni la misma misión: por lo tanto, no pueden tomarse nada la una á la otra. La ciencia no puede conducir á la Metafísica, ni ésta suministrar á la ciencia su punto de partida y principios reguladores. El divorcio de la ciencia y de la Metafísica parece un hecho definitivamente cumplido.» (Obra citada, cap. VII., pág. 474.)—La corrección puesta con palabras de Ahrens al concepto de la Metafísica, como meramente moral, que Mr. Liard abriga; las indicaciones que llevamos hechas en el curso de este trabajo, y las que habrán de hacerse todavía en adelante, especialmente al tratar de la organización, mediante el método, del conocimiento metafísico, explican suficientemente la razon de nuestro disentimiento con Mr. Liard.

»de ser evidencia inmediata se transforma en reflexion y razonamiento mediato. Por esto la ley del método, que representa la acción progresiva del espíritu en la ciencia, caracteriza una doctrina filosófica, mide su valor, encierra virtualmente su resultado, y la historia del método filosófico valúa con norma segura la historia de la filosofía misma.» (1)

Tal es, en efecto, la gran importancia del método. Sin su adecuado concurso, sin que proceda el pensamiento guiado y dirigido por él, los elementos empíricos é ideales que la realidad nos suministra al dársenos al conocimiento, constituirían solamente un simple hacinamiento de datos y de materiales de ciencia, y no una construcción adecuada en cuya solidez y firmeza pudiera descansar el espíritu. Mide el método, no ya tan solamente el precio formal y subjetivo de toda obra intelectual, sino su valor real y ontológico y su correspondencia objetiva; pues como las ideas y representaciones sensibles son reflejo en la inteligencia de las esencias y los hechos, ha de ser por su parte el método el reflejo intelectual de las relaciones mismas que se dan en la realidad entre sus varios elementos, constituyéndola en armonioso conjunto.

Afírmase con razon, por tanto, que la historia de la filosofía es la historia del método mismo. Las diferentes tentativas practicadas por el espíritu humano para interpretar la realidad en los sistemas filosóficos no son, en suma, otra cosa que ordenaciones diversas de unos mismos y solos elementos, hechas con diferente método y por distinto procedimiento y camino. Los datos para resolver el problema están dados constantemente ante el espíritu, como presencias totales de la realidad cognoscible, y toda la obra de aquel, en la esfera de su actividad pensante, viene á quedar reducida á enlazar en ella estos datos con las mismas relaciones que mantienen en la realidad.

Siendo tal la función del método que de ella penden enteramente la seguridad y certidumbre de toda construcción intelectual, importa mucho por lo mismo no desnaturalizar su concepto, confundiéndole, ora con procedimientos segundos interiores al método mismo, ora con formas del raciocinio que, si entran en él como elementos, no le constituyen por completo.

(1) Sanz del Río, *Sistema de la Filosofía. Metafísica. Primera parte. Análisis.* Introducción, XLV.

Cáese en el primer error cuando se reduce y concreta el método á meros procedimientos de descomposicion y reconstruccion de los conceptos, considerando lo primero como un método analítico y teniendo lo segundo por un método sintético; y se incurre en el segundo cuando, reduciendo el método á las formas del raciocinio, son apreciadas como métodos la induccion y la deduccion, y aun se las aplica concretamente cada una á las especies del conocimiento, estimando la primera como el procedimiento peculiar del que surge de la experiencia, y considerando la segunda como el que corresponde al indagar racional.

Implica y compone el método, en la integridad de su nacion, no tan solo estos procedimientos y medios, sino los momentos todos en que se determina en el tiempo nuestra actividad de pensar, desde la primera y más sencilla de las funciones subjetivas por la que atiende el espíritu á la presencia de la cosa dada ante él para apercibirse de su existencia y determinarla y distinguirla de todo cuanto la rodea, hasta la operacion del raciocinio más complejo, para relacionar entre sí los juicios hallados aisladamente al combinar los conceptos. Este total empleo de nuestra actividad pensante con todas sus formas internas y en todos sus distintos momentos, ejercitado artísticamente en ordenada sucesion de actos de pensamiento, y á partir de un conocimiento seguro y de indubitable certeza para llegar á otro conocimiento análogo como punto de descanso, límite y fundamento á un tiempo del conocimiento iniciador, es lo que constituye el método, y lo que determina y precisa sus condiciones constitutivas y sus direcciones integrantes.

Así, en la ordenacion lo mismo del conocer todo que del de una especie cualquiera, el método, partiendo siempre de la nacion del objeto segun es dada en el espíritu por la atencion de este hacia él, asciende progresivamente hasta la nacion del mismo objeto como visto en la realidad; retrocede luego en orden inverso hasta regresar á la nacion subjetiva, y, componiendo y contrastando estas dos direcciones opuestas, ascendente é inductiva la una, descendente y deductiva la otra, puede llegar, comparando la inteleccion del objeto en la conciencia con la inteleccion del mismo objeto en la realidad; la ley lógica del pensar con la ontológica del sér, á la verdad y certidumbre subjetivas y objetivas, y á una seguridad total, cuanta puede caber en lo humano.

Aplicando á la ordenacion del conocer en toda su integridad y

extension estas condiciones metódicas, exígese para lograrlo arrancar de un conocimiento de clarividente verdad é indubitable certeza, y hallar, asimismo, como término, otro conocimiento análogo y absolutamente comprensivo, y que, sin tener su razon y justificante en otro, sea él mismo el razonante y fundador de todo conocimiento, el que sirvió de iniciacion inclusive. Con tales dos CONOCIMIENTOS-PRINCIPIOS, en el órden cronológico el uno, en el órden lógico el otro; en *un* órden ontológico aquél, en *todo* éste órden el último; siendo clarividentes de suyo y demostradores igualmente, y no necesitados, por lo tanto, de demostracion ellos mismos; revistiendo como conocimientos el carácter de *intuiciones* ó presencias de unidad, ántes y sobre toda distincion en conocimientos de cualquier órden; y afectando, por último, en lo que atañe al pensamiento, la forma más sencilla de éste expresada por el concepto, y no la de juicio ó raciocinio, que es ya presupuesta para ellos, puede construir el espíritu el plano general del saber, y como el *schema* de todo conocer particular. Posée, digámoslo así, los puntos de orientacion, y puede merced á ellos retroceder sobre sus pasos, en caso de derivacion y extravío en cualquiera de las direcciones opuestas en que su actividad se ha ejercido al ser aplicada al objeto para obtener su conocimiento. Sin una intuicion inicial al abrigo de toda duda, el espíritu humano no podría disfrutar nunca de la claridad de la ciencia, ni subjetiva siquiera, permaneciendo eternamente en el crepúsculo del conocer ordinario y á merced de los variables impulsos de la opinion y la creencia: sin una intuicion final, con la propia clarividencia, no podría jamás tener confianza en su obra, hallando al fin de sus afanes el espectro del excepticismo y el torcedor de la duda. El saber, sin *Punto de partida*, descansa en un «supongamos;» sin *Principio real de ciencia*, tiene por término un ¿quién sabe?

Estas indicaciones sumarias, que sobre la naturaleza del método y su funcion adecuada acabamos de apuntar, no valen, es verdad, como doctrina científica, por lo mismo que para tener tal valor habrian de ser formuladas en el saber correspondiente; más, si como tambien ha dicho Hegel, (1) la Filosofía no puede presuponer su método, sino que ha de ser ella misma método vivo y en

(1) *Lógica*, Introducción, § I.

accion; dialéctica real, á la vez que contenido y doctrina, fuerza es, sin embargo, anticiparlas á modo de exploracion y tanteo, y á reserva, además, de confirmarlas en la Lógica, hallándolas allí como doctrina. Así que, si la Metafísica no consiste, como lo pretendia Kant, (1) en investigar las condiciones de un conocimiento de certeza, sea ó no posible para el hombre; si la indagacion de estas condiciones y, en general, la cuestion del conocimiento, no es tampoco, como lo creia Ferrier, (2) parte especial é integrante de

(1) «Kant comenzó por una hipótesis y planteó así la cuestion: Que haya ó no un conocimiento verdadero, cuáles deberian ser las condiciones metafísicas para que fuese posible? Toda la filosofía contemporánea, á excepcion del último sistema de Schelling, se coloca en este punto de vista de un modo más ó menos consciente; y la metafísica consiste para ella en el análisis de las condiciones de la posibilidad del conocimiento.» (Hartmann, *La Filosofía de lo inconsciente*, trad. franc. de Mr. Nolen, tom. 2.º, pág. 566.)

Hé aquí unas palabras del mismo filósofo de Koenigsberg, relativas á este punto:

«Me propongo persuadir á cuantos se ocupen seriamente de metafísica que es absolutamente necesario suspender el trabajo, considerando como nulo todo lo hecho hasta ahora, y poniéndose ante todo la cuestion de saber solamente «si es posible en absoluto una cosa parecida á lo que se llama metafísica.» Si esta es una ciencia, ¿en qué consiste que no puede obtener, como las otras ciencias, un asentimiento universal y durable? Y si no lo es, cómo se explica entonces que revista siempre la apariencia de tal, y que alimente al espíritu humano con una esperanza incesante y nunca satisfecha? Que se demuestre que la metafísica es ó no una ciencia, es necesario de todo punto establecer algo de cierto sobre esta pretendida ciencia: no es posible continuar por mas tiempo en una situación semejante respecto de este asunto. (Kant, *Prolegómenos á toda Metafísica futura....* trad. franc. de Mr. Tissot; pág. 10).

(2) Véanse los términos en que lo afirma su expositor Mr. Penjon: «La division de las Instituciones de Metafísica no es arbitraria; en filosofía no se deja nada á la fantasía individual; el número y la disposicion de las partes son necesarios y no de elección.... Cuál es la cuestion que se nos ofrece la primera? Héla aquí: *Qué es la verdad?* En realidad es la última que debe resolverse, pero con relacion á nosotros se nos presenta desde luego. Podemos, sin embargo, dar esta respuesta provisoria: la verdad es *lo que es*; lo que *es absolutamente*, es verdadero. Pero en seguida se presenta esta nueva cuestion: *Qué es lo que es?* Y aquí nosotros no podemos responder todavía mas que de una manera evasiva; no ha llegado todavía el momento de satisfacer á esta cuestion, siendo preciso resolver antes otros problemas. Pero el solo hecho de plantearla permite indicar ya una parte correspondiente de la filosofía; una division de la que ella hará un objeto especial. Se la designa de ordinario, y con justo título, bajo el nombre de ONTOLOGIA (LOGOS TON ONTON—la ciencia de lo que es realmente).

«La respuesta evasiva que hemos podido dar á la cuestion: *¿qué es lo que es?* se presenta naturalmente bajo esta forma: *lo que es, es lo que es conocido.* De aquí esta

la Metafísica misma; y si la Filosofía, en general, aunque tan ligada con el método como acabamos de ver, no es, sin embargo, exclusivamente un método como afirma Mr. Main respecto del positivismo, (1) estimamos, no obstante, que á la especulación metafísica, como la primera en orden cuando se trata de organizar el conocer en una construcción total, ha de preceder necesariamente este momento de meditación reflexiva y de recogimiento intelectual, para probar el alcance de nuestros medios cognoscentes.

Pónese, pues, la Metafísica como cuestión preliminar la de encontrar para el saber en general un conocimiento primero en el orden de la información temporal de aquél, y sigue, una vez hallada esta base, las direcciones que el método la señala.

Más, existe para el espíritu un conocimiento semejante? Hay, acaso, un objeto cuyo conocimiento por el hombre ofrezca esta verdad evidente, esta indubitable certeza y este universal consentimiento? (2)

otra cuestión: *qué es lo que es conocido y qué es conocer?* La respuesta es desen-
volta en una nueva división de la filosofía la EPISTEMOLOGIA, (LOGOS TES EPISTEMES—
la ciencia del verdadero conocimiento). No se puede emprender el estudio de la On-
tología antes de haber tratado de la Epistemología toda entera.» (*Revue phil. de la*
France etc., t.º 2.º, 133, 1876).

(1) «El positivismo, para nosotros los ingleses al menos, es simplemente un método y no un cuerpo de doctrinas. A decir verdad, no es más que una protesta energética contra esa falsa y estéril metafísica que ha reinado por tanto tiempo y que aun cuenta todavía con partidarios. (Main, carta citada).

(2) «Es muy prudente, dice Mr. Tiberghien (*Ensayo teórico e histórico sobre la generación de los conocimientos humanos*; trad. de A. García Moreno, t. 1.º, pági-
na 23) comenzar toda investigación por la duda racional, es decir, por un examen
conciencioso y metódico de los principios sobre que se funda. Este es uno de los
resultados más preciosos de la filosofía moderna; es el único que asegura la inde-
pendencia del espíritu y puede conducir a una convicción racional.» A lo cual añaden
sus comentadores, los Sres. Salmerón y González Serrano: «.... Con razón afir-
ma Mr. Tiberghien que toda investigación debe comenzar por la duda racional. Si no bastara para dar legitimidad a tal aserto la observación propia, podrían aducirse en pro todavía muchos y muy importantes ejemplos que ofrece la Historia de la filo-
sophía, cuyos más valiosos progresos han comenzado por estados de duda en la con-
ciencia humana.... El que no duda ni cuestiona sobre los fundamentos del saber; quien vive en una tranquila indiferencia, cercana al scepticismo y semejante a la ignorancia, aparenta tenerlo todo sabido, se imposibilita temporalmente para saber lo que es la ciencia, hace, como dice el mismo Sócrates, más caso de quime-
ras y fantasmas que de la verdad; pues, en último término, se ha dicho siempre con razón: *qui non dubitat non cogitat.*»

El pensamiento filosófico se ha puesto esta cuestión tantas veces cuantas, después de haber formulado con autoritaria arrogancia ó crédula candidez una concepción sistemática, y viéndola quebrantada por el excepticismo y la duda, ha intentado asentarla sobre más sólida base; y examinando con reflexivo cuidado si entre los distintos conocimientos que se ofrecen al espíritu como de más verdad y certeza podría haber alguno que las presentara irrecusables, ha encontrado este conocimiento objetivo en la intuición del Yo por su propio pensamiento.

Este conocimiento, en efecto, presentido y proclamado por las escuelas Socráticas en el célebre *nosce te ipsum*; entrevisto por San Agustín (1) en sus palabras de *noli foras ire, in te ipsum redi, in interiore homine habitat veritas*; enunciado por Descartes en su tan conocida fórmula de *pienso, luego existo*, (2) y asentado también por Fichte (3) en aquella ecuación *Yo=Yo*, que luego convertiera Schelling en enunciación de lo Absoluto, es el punto de partida de toda indagación de certeza. La intuición del Yo por sí mismo, en obligada correspondencia de sus aspectos cognoscibles con sus medios cognoscentes, es un conocimiento al que no pueden quebrantar ni la negación ni la duda, porque el que duda y el que niega, como el que afirma y asegura, hacen actos de pensamiento, y acusan, bajo su ser y existir, la facultad de formularlos de tan positiva manera en él un caso como en otro.

No quiere esto decir, sin embargo, que el Yo se conozca á sí propio en su contenido concreto con igual verdad y certeza; lejos de ello, el conocimiento de sí mismo envuelve las dificultades que el sentido común y el pensamiento reflexivo reconocen de consumo, y está sometido igualmente á las mismas causas de error que otro conocimiento cualquiera; más, en esta primera forma de intuición indeterminada, y bajo de ella luego en los aspectos parciales de conocimiento ideal, conocimiento sensible y conocimiento compuesto, como puntos de partida en sus géneros respectivos, no cabe ser subvertido ni de modo alguno contradicho. Cada cual es

(1) *De vera religione*, 72.

(2) *Discurso sobre el método*, cuarta parte, pág. 27 de la trad. esp. de sus obras por D. Manuel de la Revilla, Madrid.

(3) *Doctrina de la ciencia*, trad. franc.

para sí propio el primer objeto que conoce, y la conciencia de sí la primera condición de todo otro conocimiento.

Aplicando á la Metafísica estas condiciones del método aparece, en su determinación interior y bajo el aspecto ontológico, como el conocimiento adecuado de la realidad ó el Sér *en y para* el sujeto cognosciente; y en esta determinación primera se constituye en *Metafísica analítica*, como se acostumbra á llamarla, debiendo denominarse mejor *Metafísica de la Conciencia* (1).

Su problema general será por lo tanto este: Qué soy Yo, y toda la realidad en mí? El análisis metafísico ó Metafísica de la con-

(1) En sentido análogo al nuestro (hasta donde es posible apreciarlo por el único pliego que ha llegado á nuestras manos del *Ensayo de un Programa razonado de Metafísica*) se vale también del mismo término el distinguido Profesor y nuestro respetable amigo, el Sr. D. Federico de Castro.—Mr. Vacherot se sirve también de él, pero con tendencia diferente y para designar por su medio una de las *edades* por que la Metafísica atraviesa en su desenvolvimiento progresivo. Hé aquí las palabras de este escritor: «Cuando el espíritu se desembaraza de la síntesis confusa, que es el estado de infancia de los individuos como de las sociedades, y en el que las facultades todas se mezclan con las ideas que las son propias; cuando entra, en una palabra, en el período científico y filosófico, la primera concepción de las cosas que se le presenta es el *materialismo*. Por medio de esta *metafísica de la imaginación*, se representa, construye y explica todo. Este sistema fácil, claro y sencillo en apariencia, puede satisfacer por algún tiempo, pero el sentimiento oscuro de una verdad más alta, el absurdo evidente á que es conducido el espíritu por este camino, no le permiten detenerse en tal comienzo. Bien pronto se despierta la reflexión, la cual, bajo la engañadora apariencia de la imaginación, hace conocer y sentir al espíritu la esencia íntima, el verdadero ser de las cosas, la fuerza y la vida, de las que las formas sensibles son solo el símbolo exterior. Tal es la *metafísica de la conciencia*, el *espiritualismo* propiamente dicho. El pensamiento se complace y detiene más largo tiempo en este nuevo punto de vista de las cosas más íntimo y profundo que el primero, pero la lógica, no obstante, no le deja pararse en él. Ver las cosas por la imaginación ó por la conciencia es siempre verlas experimentalmente, y bajo una forma enteramente individual, sino exterior. El espíritu siente la necesidad de franquear esta barrera por un esfuerzo de abstracción más ó menos tardío, elevando el pensamiento sobre las formas de la imaginación y sobre las fuerzas vivas de la conciencia, hasta el Sér uno, universal, infinito, que las comprende, las domina y las absorbe. Tal es la *metafísica de la razón*, el *idealismo*. (Obra cit.—Preface, XXXVIII). Como caracterización de las *partes* interiores de la Metafísica, nuestro pensamiento se aparta del de Vacherot, más en cuanto expresión de las *edades* intelectuales no contradice, aun cuando no se ajuste exactamente, al del eminentísimo filósofo francés.—Para no incurrir en la inmodestia de repetirnos, remitimos al lector, sobre este punto, á nuestra *Introducción á la traducción castellana de El materialismo contemporáneo* de Mr. Janet.

ciencia, no es, segun esto, el conocimiento del Yo ó sujeto pensador en un respecto determinado, sino el conocimiento del mismo *como ser y en tanto que ser*, desde su consideracion indistinta hasta su determinacion concreta en entidad y seidad; y al mismo tiempo que esto, el de todo otro ser y realidad, bajo los propios respectos, tales como al pensamiento se ofrecen en la conciencia racional.

Apoyada así la Metafísica en esta base firme de arranque y cimiento indestructible, é imponiéndose como criterio la certidumbre de conciencia y no el mero opinar subjetivo, con el que se entrega el mundo «á las disputas de los hombres,» se sirve de todas las formas pensantes aplicadas á conceptos ideales, para llegar, desenvolviendo el contenido del Yo y el reflejo de todo otro sér en él, al reconocimiento y percepcion de una realidad exterior y una Realidad Absoluta, en la que tiene su término la indagacion de conciencia, y encuentran su fundamento y razon lo mismo el sujeto pensante que los objetos pensados como exterioridad opuesta á él.

En este proceso ascendente, el espíritu pensante es llevado, por ley de necesidad lógica, al reconocimiento en la conciencia (*su vista ó conocimiento intuitivo*) del conocimiento supremo *Sér* como el fundamento último de todo otro conocer; pero la realidad objetiva que envuelve necesariamente un conocimiento semejante, y que le constituye por ello en *Fundamento real* de todo sér y propiedad, no es obra del proceder inductivo ni resultado formal de otra demostracion de cualquier orden. La realidad de tal pensamiento y su correspondencia objetiva, se aparecen al espíritu como de necesidad evidente; y, en lo tanto, *con certidumbre superior* á la de toda demostracion (1).

La intuicion de *El Sér absolutamente,—de DIOS,—como el sen-*

(1) «Pero, habiendo de concebir á Dios como Sér Supremo, no es posible hallar una razon de su existencia superior á Él: Él es la razon de todo cuanto existe, y no hay nada, por consiguiente, que pueda ser su razon. Como Dios es la más elevada de todas las nociones y la razon de todas las pruebas, no puede estar comprendido en la forma de la argumentacion y de la demostracion.»—Ahrens, *curso de Psicología*, trad. esp. de G. Lizárraga; tom. II, pág. 155).—Para la apreciacion general de las llamadas *pruebas* de la existencia de Dios puede verse la lección undécima de dicho Curso.

tido moral le nombra, por el espíritu humano, es el fundamento y principio de todo otro conocer, incluso el de nosotros mismos; y la realidad de Dios, el fundamento y razon tambien de nuestra propia realidad (1). *Soy, se da el Sér; existo Yo, existe Dios*; tal es la primera parte de la fórmula en que podría ser condensado el resultado final del análisis metafísico. Porque, como decia Schelling, ¿es posible poner en duda la *existencia de la existencia*? Y habiéndose encontrado el Yo, no solo como sér existente, sino como *conscio* de esta existencia, puede ser completada la fórmula con esta segunda expresion: *¿Soy concio?*, pues se dá la *Conciencia absoluta*. Si pues la conciencia en el hombre es la condicion de su ciencia, la Conciencia Absoluta del Sér, la Supra-conciencia, como propone Hartmann se la llame (2), es la condicion, á su vez, para la conciencia del hombre (3).

(1) «Que el conocimiento de Dios y la demostracion en Dios de todas las cosas es el fundamento de la Ciencia, lo enseña á su modo la historia, comparando la ciencia de los pueblos cristianos, y en general de los pueblos que han conocido la unidad de Dios, con la ciencia de los pueblos gentiles que no la han conocido, y hasta con la ciencia de los griegos, que ciertamente para aquel tiempo es tan admirable. ¿Ni cómo puede la ciencia sin el conocimiento de Dios en su unidad absoluta y en su unidad primera, como Sér Supremo, adelantar en sus deducciones, siendo así que la ciencia se manifiesta al espíritu como un concepto de la razon, en la cual la idea de Dios es el concepto-madre, que la deducion científica aplica en forma de demostracion de aquella unidad, recibiendo en sí la verdad de los seres particulares hasta donde alcanza la experiencia del hombre? Mientras el conocimiento de Dios aparece al espíritu en lejano presentimiento y debilitado por la distraccion del sentido, se nos presenta el mundo de las ideas como una region solitaria y nebulosa, que solo se aclara á medida que penetra en nosotros la idea de Dios, como el sol central de esta region superior.» Krause, *Ideal de la humanidad para la vida*, expuesto por D. Julian Sanz del Rio, 2.^a edic., pág. 255.

(2) «Podemos, pues, definir esta inteligencia *inconsciente*, que es superior á toda conciencia, como una inteligencia *supra-consciente*..... Hemos establecido que la naturaleza especial, la forma de su intuicion omnisciente (*la del Uno-Todo*) y perfectamente sabia (*la Idea absoluta*) es tal que, en la imposibilidad en que nos llamamos de caracterizarla por un atributo positivo, debemos limitarnos á reconocer que está por encima de esa forma que nosotros denominamos conciencia; es decir, que *negativamente* podemos definirla una intuicion *inconsciente*. Si queremos hacerlo *positivamente* la llamaríamos una intuicion *supra-consciente*. (Hartmann. Obra citada. Tom. 2.^o pág. 217 y 229.

(3) «La conciencia personal de los seres finitos, no es posible más que mediante la de Dios: ningun sér tendría conciencia, si Dios no la tuviera de antemano..... La conciencia divina es como la luz que penetra todos los espíritus, y que cada uno de

Poniendo así el análisis metafísico la intuición del Sér Absoluto y de Absoluta Conciencia como el término y corona de todo el proceso ascendente, procede luego desde ella en dirección regresiva hasta la conciencia humana individualmente concretada, sirviéndose en esta dirección inversa de las mismas formas pensantes y en la propia esfera aplicadas, y constituyendo de esta suerte la *Síntesis metafísica ó Metafísica de la realidad*, cuyo problema general puede ser así formulado: Qué es la realidad en sí y qué soy Yo en esa realidad?

El círculo del humano saber en el orden de las ideas, quedando indefinidamente ampliable en la intención y en el modo, resulta al mismo tiempo cerrado por las dos direcciones del método, que se sirven mutuamente de comprobación y contraste, y constituyen compenetradas la *Metafísica constructiva ó Metafísica de la Conciencia real*, como podría denominársela. Cada dirección parcial metódica se pone, en su contenido interno, las mismas cuestiones y problemas, y no difieren entre sí sino por la calidad y modo del conocimiento que procuran y los de su verdad y certeza. El análisis, como conocimiento del sér del Yo y de la realidad en él, según leyes del pensar, dá la verdad y certeza lógicas; la síntesis, como conocimiento del Yo en el Sér, y de toda otra realidad en Él, procuran al conocimiento verdad y certidumbre ontológicas. Las leyes y formas del pensar, solo admitidas y empleadas en la dirección analítica como reales para el sujeto, son halladas en la dirección sintética como realidades del objeto; mas al cambiar de dirección y procedimiento metódicos hay una como inversión de posición para el sujeto pensante: en el análisis, se contempla á sí propio en su conciencia y á todo otro sér en ella; en la síntesis, se vé á sí mismo reflejado y á toda la exterioridad que se le opone en la Conciencia Absoluta; de suerte que, sin salir de sí, y hallándose siempre en conciencia, hay diversidad de punto de vista, y algo en la

estos se apropia y desarrolla en proporción del centro que crea por su actividad. La conciencia infinita es la razón de toda conciencia finita, y así como Leibnitz decía que un geómetra podía ser ateo, pero que si no hubiera Dios no habría tampoco objeto para la geometría, del mismo modo podemos nosotros decir: la conciencia de algunos hombres podrá ser atea, pero no habría conciencia ninguna en el mundo si faltara la conciencia infinita de Dios» (Ahrens, *Curso de Psicología*; trad. esp. de G. Lizárraga; tom. II, pág. 262 y 265).

síntesis como de la *vision en Dios*, de que nos habla Mallebranche, despojando la expresión de todo sentido místico.

La identidad, por lo tanto, entre el conocer y el sér, entre lo inteligible y lo real, que al principio proclamamos, es la base y fundamento de la posibilidad de la verdad para el hombre; la evidencia de las *Intuiciones-Principios* que sirven de condiciones al método, y la legitimidad de sus direcciones opuestas, compenetradas en una dirección tercera, la razón y justificante de su posesión con certeza.

Por esto, pues, si conformamos con Hartmann en la posibilidad de un conocimiento metafísico, admitiendo con él que «la condición primera y fundamental de todo conocimiento es la afirmación de que el pensamiento y su objeto trascendente ó real son idénticos,» (1) y que «suponer que el pensamiento y la cosa en sí difieren en naturaleza es hacer imposible absolutamente todo acuerdo entre ambos y, consiguientemente, toda verdad y toda conciencia de este acuerdo,» nos parece ver en él una contradicción cuando afirma poco después (2) que «no se puede establecer absolutamente la imposibilidad del excepticismo, ni hay para nosotros una probabilidad del grado 1, sino solamente una probabilidad más ó menos alta que no alcanza jamás la unidad.»

La identidad del pensamiento y de su objeto, y la conciencia de sí propio por el sujeto pensante, dentro de la Conciencia Absoluta, establecen, á nuestro juicio, la imposibilidad del excepticismo, que queda capacitado solamente como estado histórico del espíritu y posición parcial del pensamiento; y en estos dos conceptos, llena su adecuada función, y tiene su misión que cumplir en la historia y vida de aquel. Sus otras dos posiciones con relación á la verdad, la del «realismo sincero y cándido (*naïf*) y la del idealismo subjetivo» son, en efecto, como indica el mismo Hartmann (3), falsas posiciones del problema: la primera, «porque olvida que el pensamiento no sale jamás de sí mismo, y confunde por error la cosa pensable ó concebible (inteligible) con el objeto trascendente que escapa al pensamiento (lo supra-inteligible); la segunda porque

(1) Ibid., t. 2.º pág. 566.

(2) Ibid. 572.

(3) Ibid. 567.

»anonada la posibilidad del conocimiento y hace del pensamiento «un sueño sin objeto real, y, por consecuencia, sin verdad.»

Las soluciones exclusivas de los llamados realismo é idealismo lógicos al problema de la verdad y la certeza, en el orden de cada particular conocer, son, por consecuencia, igualmente erradas cada una en lo que tienen de exclusivas, y exactas solamente en su respectivo límite. Bajo la posibilidad general de la verdad y certidumbre, y en lo tanto, bajo la negacion del excepticismo absoluto, la verdad y la realidad no corresponden exclusivamente á la idea, ni á la representacion sensible, ni á la noción general, sino que todas y cada una pueden alcanzarla en su esfera en la forma que las compete. La verdad y certeza del conocimiento ideal son incondicionales é inmutables, permanentes y sobre-relativas; las del conocimiento sensible son condicionadas y mudables, temporales y relativas; las del conocimiento intelígible combinan estos caractéres, como es combinacion él mismo de los modos de oposicion del conocer. La cuestión general, por último, de la posibilidad de la verdad y certeza ofrece estos tres momentos distintos, á que tratan de dar solucion las direcciones del método: qué son, y cómo se aparecen *en mí* las cosas? qué son y cómo se manifiestan *en sí?* son y se aparecen *en mí* como son y se manifiestan *en sí?*

La relacion de temporalidad sucesiva en que estos tres momentos deben darse y su indispensable concurso para la integridad del método, así como, por otro lado, la posibilidad y el hecho histórico de haber sido invertido aquel orden y mutilada esta integridad, explican la aparicion y deficiencia de las construcciones parciales que ha formulado el pensamiento, ora limitándose á indagaciones puramente de conciencia, sin atreverse á afirmar siquiera la existencia de un Principio Absoluto en la realidad y en la ciencia, ó declarándole incognoscible cuando le ha admitido como de posible existencia; ó bien sirviéndose solo de la deducción sintética, colocándose desde luego y sin preparacion ninguna en aquel *Principio Absoluto*, y haciendo derivar de él por mera virtualidad dialéctica, lo mismo la realidad esencial que sus manifestaciones fenoménicas (1). Son los primeros, sistemas analíticos sin síntesis

(1) Hasta hoy ningun sistema ha comprendido la necesidad de estas tres funciones del método filosófico completo, y por esta razon todos los sistemas precedentes de la filosofía presentan, ó una confusión de estas funciones, ó la carencia completa de alguna de ellas (Ahrens, *Curso de Psicología*, tom. II, pág. 268, nota.)

y sintéticos sin análisis los segundos, careciendo por consecuencia unos y otros de la dirección constructiva. Empero, si para la integridad metódica deben recorrerse las tres, por su relación sucesiva no pueden serlo á un mismo tiempo y llevándolas de frente: el análisis debe preceder á la síntesis, y mientras no se halle aquel formulado y aceptadas universalmente sus *Intuiciones-Principios*,— la conciencia de sí y la Conciencia de Dios,—no cabe formular, con sentido *social y humano*, y sí tan solamente con carácter *subjetivo*, la parte y dirección sintética que debe entrar en el saber; y la vida, en tanto, no podrá ser regida tampoco más que por impulsos de conciencia, y no por motivos reales y segun fines trascendentales. La humanidad, sin embargo, se acerca ya en los pueblos cultos á la época sintética, y si aún reina alguna discordia sobre los principios analíticos que han de servirla de sostén, acusan todos los indicios la consoladora esperanza de una aceptación no lejana, como inspiradoras de la ciencia, de aquellas dos importantes verdades sugeridas ya como tales para la dirección de la vida por la conciencia religiosa.

V.

Asentada la posibilidad de conocer lo esencial por medio de la razón y determinadas por el método las condiciones y forma en que debe ser tal conocimiento ordenado para constituir un todo orgánico con garantías de verdad y seguridades de certeza, resulta demostrado, á nuestro juicio, que puede reunir la Metafísica, como conocimiento primero de la realidad esencial, los requisitos necesarios para erigirse en saber tan substantivo y legítimo como el que se atribuye la experiencia.

Que los sistemas metafísicos que han aparecido en la historia no llenen estos requisitos, en nada depone esto contra la Metafísica misma (1). Tiene ésta también su ideal al que tratan de aproxi-

(1) Toda la historia de la filosofía puede resumirse en un procedimiento de evolución sucesiva, en la que el espíritu humano produce del fondo de su energía intelectual, con riqueza y variedad creciente, una serie continua de sistemas, que consideran cada uno la verdad, bajo uno ú otro aspecto, y la exponen y desenvuelven con un sentido dominante y exclusivo. Todos los sistemas filosóficos son á ma-

marse aquellos, como lo ejecutan en su esfera las sistematizaciones científicas, y si no puede alcanzarla ninguno, por ley de su naturaleza misma, llenan todos en cambio, aun los que más des- caminados parecen, una función indispensable en la vida del pensamiento. Los sistemas metafísicos se sirven de contraprueba unos á otros, y á no aparecer formulados con aspiración á la verdad y con el calor de la convicción personal, habría que ponerlos

nera de otras tantas funciones ú órganos activos, mediante los que, se manifiesta parcial y gradualmente, entre esfuerzos y luchas, la verdad á la conciencia humana, cumpliéndose de esta suerte, en la filosofía como en la historia, la ley del progreso bajo la variedad y la oposición. (Sanz del Río.—*Sistema de la Filosofía; Metafísica, Primera parte, Análisis*; pág. 4.)

Con propósito análogo dice Mr. Tiberghien: «¿Cuál es, por lo demás, el valor de estas aberraciones? Son radicalmente condenables así para la historia como para la razón? No es tal nuestro modo de pensar. La historia las adopta y las aprueba porque le son útiles. Lo que nosotros llamamos un error, bajo el punto de vista de la filosofía moderna, era ciertamente un progreso en la época en que aquel apareció. Un error no es, en suma, mas que una verdad incompleta. Ningún sistema se ha fundado en efecto sobre principios enteramente falsos.... La verdad, siendo una é invisible en sí misma, es múltiple en sus manifestaciones.... Cada uno de los sistemas filosóficos que hasta nuestros días han aparecido en la historia, no ha reconocido más que una de las fases especiales de la verdad: es, por tanto, legítimo para su siglo porque este no podía ver la verdad en toda su extensión; pero no lo es para la razón, porque esta solo puede admitir la verdad total; es legítimo en su base dogmática, afirmativa, puesto que una afirmación real no puede fundarse en un error; pero no lo es en su base crítica y negativa, puesto que su negación rechaza todos los sistemas contrarios.» (*Ensayo sobre la generación de los conocimientos humanos*; tom. 1.º, pág. 50 y 51 de la trád. esp.)

A aquellos, por último, á quienes estas autoridades pudieran parecer sospechosas, y solo se aquietan ante las opiniones de determinada procedencia, les ofrecemos las que se contienen en las siguientes frases del sabio Obispo de Córdoba Fr. Zefirino González: «Porque, en efecto, nada más aproposito para producir en la mente impresiones y corrientes excépticas, que el espectáculo de la lucha constante, periódica y no pocas veces estéril de la filosofía consigo misma, la consideración de la impotencia para descubrir, arraigar y establecer de una manera permanente en el seno de la humanidad ninguno de sus sistemas, ninguna de sus soluciones doctrinales.—Cuando se penetra, sin embargo, en el fondo de las cosas; cuando á través de las luchas y contradicciones eternas de los sistemas filosóficos, se observan sus efectos y resultados con mirada escrutadora y penetrante, no es difícil persuadirse que si alguien pudo decir con cierto fondo de verdad que la historia de la filosofía es la historia de los errores del espíritu humano, con igual fondo de verdad pudiera decirse también que la historia de la filosofía es la historia de los progresos y desarrollo del espíritu humano.—Sin afirmar ó suponer, ni mucho menos,... que cada sistema filosófico representa un momento necesario, lógico y por ende legítimo de

como hipótesis y tanteos (1) para que recorriera el pensamiento todas las direcciones posibles en la solución del problema que la Metafísica envuelve. Y como su progreso, además, no se hace con necesidad lógica ni consiste en acumulación de datos, cual sucede con la experiencia, sino que se verifica con libertad intelectual, y por consiguiente con posibilidad de error, y estriba principalmente en plantear cada vez mejor el problema de la realidad, dado constantemente ante los ojos del espíritu para encontrarle á cada esfuerzo una explicación más comprensiva y una interpretación más amplia (2), las derivaciones y extravíos que haya podido sufrir la Metafísica en sus formulaciones históricas, no inva-

la inteligencia y de la humanidad;... que sean todos igualmente verdaderos y progresivos de su naturaleza;... bien puede afirmarse y creerse que la movilidad, la inconstancia y la esterilidad de la filosofía y sus sistemas, no son tan completas y efectivas como pudiera suponerse á primera vista. Si bien se reflexiona, los sistemas filosóficos, al menos los que entrañan cierto grado superior de importancia histórica y científica, dejan casi siempre huellas más ó menos profundas de su paso por el espíritu humano y por la sociedad, y cuando después de reinar algún tiempo sobre ésta decaen y mueren al parecer, dejan siempre en pos de sí ideas, direcciones y tendencias determinadas, lo que pudiéramos llamar sedimentos intelectuales, fuerzas latentes pero vivas y reales, que representan otros tantos factores más ó menos importantes de la *evolución progresiva* de la ciencia, de la sociedad y del espíritu humano en general. (*Historia de la Filosofía*; tom. I; Prólogo XIII).

(1) Algo semejante es lo que manifiesta Mr. Renan en el siguiente propósito, que deseáramos ver cumplido: «El medio más enérgico de quitar su importancia á una idea es suprimirla, mostrando lo que el mundo sería sin ella. Yo espero aplicar un dia en mayor escala este sistema de exposición filosófica, en un libro que titularé HIPÓTESIS, en el que expondré siete ó ocho sistemas del mundo, en cada uno de los cuales faltará un elemento principal. El papel de este elemento será puesto en relieve de una manera tan extraordinaria, que llegará á ser sensible á las miradas de menos alcance.» (Renan, *Diálogos filosóficos*: vers. castell. de A. R. Chaves; pág. 14). En el terreno de la Historia, envuelve una tendencia parecida la obra de Mr. Renouvier titulada: *Uchronie, histoire de la civilisation européenne, telle qu' elle n' a pas été, telle que' elle aurait peu être*; París, 1876.

(2) «En filosofía, cada generación emprende de nuevo la obra por su propia cuenta; y, aun por mejor decir, no son siquiera las generaciones, sino los individuos. Cada filósofo aporta los elementos que le son personales, y todo lo más que él puede hacer es aprovecharse del ejemplo de sus predecesores á fin de allanar su camino y evitarse algunos pasos en falso. En lo demás, tiene que recorrerla por entero y como si nadie lo hubiera hecho ántes que él. (Barthelemy, *De la Metaph.* pág. 149.

lidan en modo alguno la legitimidad de su existencia, ni envuelven necesariamente la renuncia á toda conquista.

Así que, sin abrigar por ningun concepto, la pretension contradictoria de llegar á la *Ciencia Absoluta* resolviendo definitivamente el problema de la realidad esencial, pero sin desistir tampoco de conocer parte de lo Absoluto, levantando una punta siquiera dē su misteriosa envoltura (1) la fórmula que Mr. Ribot propone (2) para apreciar el valor en relacion que cabe conceder á un sistema, podría ser modificada y hecha extensiva á la experiencia enunciándola de este modo:

Una doctrina filosófica está conforme consigo misma, á partir de base segura y bajo unidad de *Principio*? Pues debe de estarlo con los hechos que no son otra cosa que la concrecion de las ideas. ¿Qué sistema científico traduce este sistema filosófico, sirviéndole como de verificacion total? (3)

(1) ...«Pero el hombre, sin pretender descubrir todos los secretos del universo, como aquel que tiene en su mano las leyes y los movimientos, y que, principio y fin de todas las cosas, sabe el principio, el fin, y la extension de todo lo que existe, puede, sin embargo, aspirar á conocer la verdad en los límites del poder concedido á su inteligencia. Se le ha dado el mundo como objeto de sus meditaciones, y es indigno del hombre, como dice Aristóteles, el no procurar la adquisicion de conocimientos que puede alcanzar. Podrá errar en sus indagaciones, pero, así y todo su trabajo no será perdido, porque su inteligencia se elevará con este estudio; la verdad habrá levantado alguna punta del velo que la cubre, pues es imposible, dice Aristóteles, que aquella se oculte por completo. (M. M. Pierron y Zebort.—Introd. á la *Metafisica* de Aristóteles.—Bibl. fil. de Azcárate).

(2) *La filosofia de Schopenhauer*, cap. VII, pág. 244 de la trad. españ.—Salamanca, 1879.

(3) El positivista español antes citado, Sr. Estasen, parece conformar tambien con esta fórmula y asignar al saber experimental la funcion que le señalamos. «...al bifurcarse, escribe, el último eslabon de la cadena filosófica, debe decir, está obligado á decir, que la metafísica, los grandes sistemas morales son el alma de la filosofía positiva, empero los adelantos de la ciencia moderna son el cuerpo..... La filosofía positiva reconoce que ha debido el impulso al soplo vivificador de la metafísica y de la filosofía en general, y se ha encarnado en el cuerpo de las ciencias físico-naturales. El verbo se hizo carne, la abstraccion se ha realizado en la ciencia: así en la historia del pensamiento humano reclame la necesidad de atender á dos corrientes: la corriente de la idea pura, de la concepcion abstracta y de la metafísica, que en sus altas concepciones abarca y comprende cuanto existe en el tiempo y en el espacio, sigue en pos de lo infinito y se dirige á lo absoluto, y la corriente positiva que le sigue de lejos comprobando sus asertos; la corriente que busca el elemento material que integra la filosofía, que nosotros seguiremos desde ahora.» (El positivismo, 2.^a conf. pág. 60.)

Y á la inversa: una doctrina científica está de acuerdo con los hechos? Pues lo debe de estar con el pensamiento ideal, que no es más que el hecho en potencia. Por consiguiente, ¿qué sistema de ideas explica este sistema de hechos?

Pero, aunque la Metafísica, como quiere el mismo escritor y con él todo el positivismo, no hubiera de ser «tomada en serio como ciencia, porque afirma lo que no puede verificar ni demostrar,» no por eso habría de eliminársela de las aspiraciones del espíritu, ni sería sin utilidad para la dignificación de la vida. Oigámoslo de sus propios labios en estas elocuentes frases:

«Pero condenar, dice, todas las investigaciones sobre las razones últimas como una ilusión peligrosa y vana, y querer curar de ella, como de una enfermedad crónica, al espíritu humano, es empequeñecerle en realidad. La importancia de una indagación no se mide por el éxito. Buscar sin esperanza no es insensato ni vulgar; se puede entrever, ya que no se pueda encontrar. La verdadera nobleza de la inteligencia humana no consiste tanto en los resultados que obtiene, cuanto en el fin que se propone, y en los esfuerzos que se atreve á intentar para alcanzarle. La experiencia es mucho, mas no todo; y, ¿quién puede probar tampoco que los hechos valgan más que las ideas, y los descubrimientos más que las especulaciones? La Filosofía, pues, subsistirá como una eterna tentativa sobre lo desconocido: no encontrará la última palabra de las cosas, pero esto mismo es una felicidad. Sin que sea una paradoja, puede decirse que si la Metafísica diera todo lo que promete valdría más hacerla callar. Porque, demos por resueltas y sabidas todas nuestras cuestiones sobre Dios, sobre la naturaleza y sobre nosotros mismos, ¿qué le quedaría que hacer á la inteligencia humana? Tal solución sería su muerte. Los espíritus activos y curiosos estarán conformes con aquel dicho de Lessing: *hay más placer en correr la liebre que en cogerla*. La filosofía entretendrá su actividad con su mágico y falaz espejismo. El servicio que á la inteligencia debe es el de tenerla siempre vigilante y elevarla sobre el estrecho dogmatismo, y mostrándola ese misterioso más allá que rodea y opriime á toda ciencia, la habrá servido lo bastante.» (1)

(1) Ribot, *La Psicología inglesa contemporánea*. Introd. pág. 33 y 34 de la trad. esp.—Con sentido enteramente análogo al de Mr. Ribot y al de Spencer en la apre-

¡Tal es el modo de expresarse de un escritor, que, segun frase de Mr. Charpentier, no ama la Metafísica!

¿Se quiere un testimonio ahora sobre las esperanzas que se abrigan de su conciliacion con la experiencia, y sobre el poderoso influjo que puede ejercer en la vida? Escuchemos á Mr. Nolen:

«Cualquiera que haya sido el éxito de semejantes tentativas, »—(las practicadas por Lotze, Fechner, Zoellner y otros ilustres »espíritus de la Alemania contemporánea para la conciliacion de la »filosofía y la ciencia)—todo presagia que nuestro siglo ha de en- »contrar ántes de mucho la metafísica que debe responder á sus »necesidades variadas. Los filósofos y los sábios juntamente, pre- »paran á competencia sus materiales. Nunca la ciencia se ha in- »clinado con más pasion y con más éxito hacia las explicaciones »sintéticas: jamás la filosofía ha indagado con más perseverancia »y con más método los principios y las condiciones de la certeza. »De uno y otro lado, se elaboran con tanto escrupulo como celo »los materiales de la metafísica, la cual no ha de servir ménos á »los intereses de la verdadera religion que á los de la ciencia y los »de la moralidad. La Metafísica ha de realizar, sin duda ninguna,

ciacion de la Metafísica, se expresa tambien Mr. A. Gerard en un artículo destinado á examinar las tendencias críticas en Alemania: «A despecho, dice, de estas excepciones aparentes, hay en el mundo una desconfianza y un cansancio universal respecto de la especulacion pura. La inteligencia humana se ha resignado á ignorar lo que ella ignora á fin de saber mejor lo que sabe. Pero, es esto decir que lo que está vedado al saber no pueda seguir siendo accesible á las creencias, y al poder ideal y de fé que en nosotros existe? Una ciencia inspirada en Kant, sería la última en pretenderlo: deja abierta la puerta á los sueños, aunque se resista ella misma á ser un sueño. No dice como el poeta español: «la vida es sueño,» pero reconoce el sueño, al lado de la vida, y le deja su parte. El sueño, de la suya, es el que no ha de querer invadirlo todo: su parte es bastante bella, y aun, segun algunos, la más bella.» (*Revue phil.* tom. 5.º pág. 78, 1878). Y Mr. Renan, en sus *Diálogos filosóficos* dice igualmente: «Los problemas que se tratan aquí son de aquellos en que se piensa siempre, aunque se sepa que no se resolverán nunca... La dignidad del hombre no exige que se sepa dar á estas preguntas una contestacion categórica; solo exige no ser indiferente. Sondar la profundidad del abismo no es dado á nadie, pero se manifiesta un talento muy superficial si no se cede á la tentacion de dirigirle alguna vez la mirada... La filosofía es, segun los tiempos, una cosa pueril, frívola, absurda, ó la única cosa formal. Es peligroso sumergirse en ella, porque se adquiere la costumbre de perseguir lo que no se puede coger, pero tampoco es bueno manifestar indiferencia, porque con ello se revelaría pobreza de sentimientos y poca generosidad de espíritu.» (Prefacio; pág. 10 y 15 de la trad. esp.).

»en la conciencia humana una revolucion igualmente intensa y fecunda que la que produjo en su tiempo el cristianismo.» (1)

No es, pues, la Metafísica, como dice Mr. Lewes de la de su compatriota Ferrier, «obelisco solitario en inmensa y desnuda llanura;» sino, como corrige Mr. Penjon, su verdadero parecido es «con esas neveras de los Alpes que, siendo estériles en sí mismas y de cercanías inhabitables para el hombre, dan origen, no obstante, á los abundosos raudales que van á fertilizar á lo lejos los valles y las llanuras cultivadas.» (2)

Exponer, siquiera fuese brevemente, de qué modo se verifica esta fecundacion ideal; mostrar cómo la Metafísica infiltra y trasmite su espíritu en todos los saberes humanos, aun los que más parecen distar de ella, sería asunto que nos llevaría demasiado lejos y que no cabe en nuestro plan; mas, si las condiciones que se dejan indicadas para su constitucion orgánica se refieren en primer tér-

(1) *Revue philosophique*, n.º de Julio último ya citado.

(2) La misma public. t. 2.º, pág. 167.—Son dignas de transcribirse á este propósito las palabras de los comentadores de Tiberghien, Sres. Salmeron y Gonzalez Serrano, en una de las notas al *Ensayo sobre la generacion de los conocimientos humanos...* «Por de comun sentir y casi universal asenso pasa la afirmacion de que la filosofía, sobre cosa abstrusa y recóndita, que solo á fuerza de ingenio y á puro cavilar puede entender el hombre, es una vana idealidad, que de nada sirve, antes bien, estorba en la vida... Quien desconozca por completo la verdadera naturaleza de la filosofía, aún podrá fundadamente pretender que su inestimable obra queda allá en las nubes, sin enviar su calor y resplandores á la tierra. Obra humana es al cabo, y bien que por su fin propenda á las elevaciones ideales, á concepciones que trascienden de este modesto planeta y de las terrenas relaciones de la vida presente, tiene aquí su punto de partida, y aquí convierte su atencion al fin, para ver de modelar esta vivienda nuestra por el plan de la universal que contempla en la razon. Y como no siempre halla en este mundo las cosas dispuestas y concertadas de suerte que satisfagan á las exigencias de las ideas, tiene sus puntos y remates de *reformadora* no diré de revolucionaria, que nunca lo es en el sentido usual de material violencia: ni provoca pasion, ni concita ódios, ni aconseja venganza, ni excita á la concupiscencia, ni mueve el brazo para herir con estruendo y saña; antes bien inspira moderacion, impone concordia, preceptúa paz, obliga á la templanza, y solo mueve al hombre á destruir el mal presente para labrar el bien futuro. Anticipa, es verdad, con su vista de águila el juicio irrevocable de lo que está condenado á muerte; del mal histórico que debe sucumbir, del error que impera en los conciencias, de la preocupacion que perturba las almas, del egoismo que pervierte los corazones; pero solo así pudiera cumplir su sagrada mision, advirtiendo y previniendo á tiempo á los hombres para que pongan mano en hora oportuna á la obra de las reformas, que suave, gradual y pacíficamente pueden realizarse. (Obra citada, pág. 39, nota.)

mino á la forma y caractéres lógicos de que ha de aparecer investida, acusan ya de un modo explícito las relaciones que mantiene con el resto del conocer; la concepcion ontológica á que debe conducir en el racionalismo armónico, y las consecuencias de vida que en esta concepcion se entrañan.

Entrevése con claridad que la Metafísica, tal como la dejamos delineada, transciende al conocer todo entero fijando su determinacion objetiva, fundando su contenido doctrinal, y estableciendo la norma para la constitucion lógica de todo conocer particular. Es así saber fundamental y primero como quiera que se la mire, y presta condiciones y medios para dotar de igual carácter á toda determinacion concreta que en el conocer se produzca.

Ontológicamente, el racionalismo armónico conduce á una concepcion en que, reconociéndose la unidad y la dualidad de substancia, se resuelve en compuesto armónico la oposicion y contrariedad de los términos duales, evitando por igual los escollos de las concepciones monísticas (1) innominadas ó concretas, idealis-

(1) Coincidimos, por lo tanto, con el sentido de Mr. Tibérgien, segun se revela en estas palabras: «El racionalismo, tal y como nosotros le concebimos, es muy diferente del panteísmo. El panteísmo solo comprende la unidad destructora de toda variedad y de toda existencia individual; se circunscribe al período embrionario de la vida: nuestra doctrina, por el contrario, se funda en una unidad más alta y más rica, en un principio más completo y conforme con la observacion, en donde la unidad no es la identidad ó la indistincion absoluta; abraza toda la fórmula del sér y de la existencia de la unidad, en la variedad y en la armonía; en otros términos, en su vida *primordial* y superior; en sus evoluciones *diversas*, y en la maduréz *armónica* de su desenvolvimiento. Quien dice variedad dice *individualidad*, dice espontaneidad; de otro modo: la variedad de ser y de existencia implica séres esencialmente distintos, séres dotados de una vida propia, es decir, séres individuales y espontáneos: si no existiese más que un solo sér sería completamente verdadero el panteísmo.» (*Generacion de los conoc. hum.* I, 80.)

Por lo que respecta al nombre de *racionalismo armónico*, no vemos inconveniente en que se le sustituya por el de *realismo racional*, que dicen los comentadores, aunque exigiría aclaraciones por la diversidad de sentidos en que se toma la voz *realismo*; con lo que sí estamos conformes, es con lo que se dice por ellos en las siguientes palabras: «No pretendemos anticipar con esto, aunque de profunda conviccion lo pensamos, que semejante sistema se haya producido ya en la Historia de la Filosofía. Cuestion de hecho es que, por el momento, no nos proponemos dilucidar, y que podrá decidirse con la exposicion histórica que va á seguir. Basta al presente reconocer y afirmar: 1.º que la posibilidad de la ciencia pende de la unidad del Sér y el Conocer, como la exigencia eterna del pensamiento lo revela, y la aspiracion

tas ó materialistas, así como las del dualismo abstracto; y en orden á consecuencias prácticas, consagrado, como lo hace, la realidad substancial del SÉR ABSOLUTO-INFINITO como de *conciencia personal* y *Providencia sobre el Mundo*; consagrando, igualmente, la *Substancialidad permanente de la personalidad finita humana* y la continuidad de su vida, y aplicando á toda determinacion de esta el criterio de armonía que constantemente le informa, dá base de solucion para la de las dos grandes cuestiones, alrededor de las cuales gira todo el interés práctico que la Filosofía envuelve: *la existencia de Dios y la inmortalidad del alma*, como el sentido comun las nombra. (1) El monismo en sus varios aspectos, igualmente que el dualismo, no satisfacen con las suyas las aspiraciones del espíritu, que se revela y protesta contra el anonadamiento inevitable á que le condena el primero, quitando toda razon de ser á nuestra existencia presente, y no se aviene tampoco con el incomprensible divorcio en que le coloca el segundo, privando á la existencia actual de toda finalidad propia y haciendo de ella un mero tránsito. El ontologismo armónico reconoce íntegramente la continuidad de la vida en el individuo humano; pero prudente al mismo tiempo en sus asertos y manteniéndose en su esfera, se guarda, como Platon, (2) de fantasear formas sensibles, y

nunca desmentida de la filosofía lo acredita; y 2.º que aquella unidad ha de ser propiamente sabida en testimonio de conciencia, no bastando suponerla ni idearla.» (La misma obra; pág. 236, nota.)

(1) Y no es solamente el sentido comun, sino tambien el sentido filosófico el que vé en estas dos cuestiones el fundamento del interés práctico de la filosofía. Véanse, en prueba de ello, estas afirmaciones de Kant: «Los conceptos de un *Sér supremo* y de *otro mundo* son á los que parece estar todo referido... Los conceptos de Dios y de la inmortalidad del alma son los dos grandes móviles que hacen salir á la razon fuera del campo de la experiencia... *Dios y el otro mundo*: tales son los objetos únicos de nuestras investigaciones filosóficas, y si las nociones de Dios y de la vida futura no estuviesen estrechamente ligadas con la moralidad, ciertamente que serían inútiles... *Los límites de este mundo* á parte ante y á parte post son *Dios y la otra vida*. Sin estos límites toda especulacion metafísica fuera vana y sin el menor interés...» (*Metaf. de Kant.*: Lecciones publ. en aleman por Mr. Poelitz; vers. esp. de Juan Uña: pág. 2, 249, 250.)—Véase tambien lo que dice Schopenhauer citado por Ribot en *La fil. de Schop.* trad. esp. pág. 38 y siguientes.

(2) «Algunos autores (Tenneman, Mayer) han dicho que Sócrates manifiesta sus dudas sobre la inmortalidad del alma en la *Apología* y en otros escritos de Platon, pero, como puede verse en el final de la *Apología*, el razonamiento de Sócrates se dirige á hacer ver á los jueces que, en cualquiera de las dos hipótesis, ya exista el

se limita á consignar solamente la *posibilidad racional* de aquella continuidad, como fundamento de su *fé* en determinaciones futuras, y criterio de conducta para la dirección de la presente. Pero no cabe, repito, que entremos en este terreno, ni podríamos hacerlo sin desenvolver enteramente el contenido doctrinal de la Metafísica misma.

Con la indicación de su legitimidad y la determinación de su función y carácter en el organismo de los saberes humanos, he dado fin á mi tarea, y llegado, ILLMO. SEÑOR, al término que me había propuesto. Por lo disputado de la cuestión y lo abstruso de la materia, podeis juzgar ahora cuán justos eran los recelos que me asaltaban al principio, y como debo temer también haber, quizás, perjudicado con mi desaliñada palabra la causa misma que he intentado defender.

Empero, lo que quiera,—y desde luego ha de ser bien poco—que pueda valer aquella á vuestros ojos, no necesitabais, seguramente, de ella para abrigar la convicción de la legitimidad que asiste, y de la importancia que alcanza la **FILOSOFÍA PRIMERA**. El apego exclusivo á la observación de los hechos, y el menospicio desdenoso hacia todo lo ideal, no pueden caber en quienes, como vosotros, poseen un levantado espíritu, y no reducen solo la vida á las contingencias de lo terreno y á las impresiones de los sentidos; y si la inclinación preferente hacia las indagaciones de experiencia ó hacia las especulaciones ideales es, á veces, consecuencia inevitable del temperamento psíquico, y conviene que se produzca para la especialización del saber, segun la ley de división del trabajo, el exclusivismo en cualquier sentido acusaría pequeñez de espíritu, y una como mutilación intelectual. La medianía y

alma después de la muerte ó se aniquile, la muerte no es un mal. Y debe distinguirse también en la doctrina de Sócrates la existencia de la vida futura, de aquello que esta misma es: Sócrates afirma sin dudar lo primero, pero confiesa su duda, ó más bien su ignorancia, sobre lo segundo.» *Cinco diálogos de Platón*, trad. direct. del griego con argumentos y notas, por D. Anacleto Longué y Molpeceres, cat. de leng. griega en la Universidad de Madrid.—Argumento del *Fedón*, pág. 233.—Platón ha sido en esto más parco que algunos metafísicos antiguos y modernos, y aún que algunos de los sabios de nuestros días que se proponen resolver cuestiones de este orden, apoyándose en datos experimentales. Sirva de ejemplo Lotze en el último artículo de su *Psicología fisiológica*, sobre el «origen y fin de las almas.»

la impotencia del alma lo mismo se revelan, dice un escritor, por el desprecio de la Metafísica, que por su empleo abusivo. Por eso nosotros, reclamando para ella el lugar que la corresponde de derecho, hemos cuidado al mismo tiempo de quitar todo pretexto para que se la tache de absorvente y se la moteje de exclusiva

Y no hay que olvidarse tampoco de las dificultades que entraña y de los esfuerzos que exige la especulación ideal (1): la máxima de *quod non intelligo nego* podrá ser muy cómoda para evitarse el trabajo de pensar, pero ni es saber la Filosofía que se adquiera graciosamente, ni deja de existir tampoco porque plazca así á ciertos espíritus, que suelen, después de enlodarla, venir á suplicar sus favores. Ni aun los extravíos y errores en que haya podido incurrir al concretarse en los sistemas, dicen nada contra su derecho á vivir; y aun cuando el espíritu humano pueda sufrir ofusca-

(1) Son notables á este propósito las palabras de Mr. Jules Lagneau, recogiendo y aceptando la acusación de oscuridad que se ha dirigido en todos los tiempos á la Filosofía: «Las ideas claras, esas ideas que la naturaleza impone, que el sentido común ratifica y que el espíritu reconoce como suyas porque constituyen su caudal, su primer gasto de explotación en la vida del pensamiento, no son la filosofía misma, sino su punto de partida, ó si se quiere, su *prima materia*. Sin duda que no puede decirse que cese la filosofía donde comienza la claridad (porque una cierta claridad comienza con la filosofía), pero se puede afirmar, al menos, que allí donde la claridad continúa sin haberse interrumpido, no ha comenzado la filosofía. En este profundo sentido es como dice Aristóteles en el primer libro de la *Metafísica* que el asombro es el comienzo de la filosofía; y el célebre pasaje del *Fedon* en que refiere Sócrates sus primeros estudios y la primera revelación que tuvo de la filosofía, nos dá un comentario anticipado de este pensamiento..... El dia en que Sócrates vió desvanecerse así delante de su reflexión la claridad natural, la de la evidencia y del sentido común, aquel dia entró en la filosofía. Porque la filosofía no es otra cosa que el esfuerzo del espíritu para darse cuenta de la evidencia; es decir, para esclarecer poco á poco, profundizándole, pero con una luz artificial y siempre instable, el fondo infinito del pensamiento, que la naturaleza prudente oculta á nuestras primeras miradas, y en el que se elabora por lo mismo la luz natural y permanente con que se exclarece la conciencia, sin preguntarse más que por instantes de dónde la viene esta luz. Digámoslo atrevidamente, filosofar es explicar, en el sentido vulgar de las palabras, lo claro por lo oscuro, *clarum per obscurius*.... Síguese de aquí que una obra de filosofía digna de este nombre debe permanecer letra cerrada al lector *exotérico*..... La filosofía es esencialmente *esotérica*, y lo será más todavía á medida que adquiera mejor la conciencia de sí misma..... Lejos, pues, de que la filosofía apruebe la claridad vulgar acomodándose á ella, podría ser definida con justicia: *un esfuerzo del espíritu para comprender difícilmente las cosas fáciles, librándose de la claridad primitiva.*» (Rev. phil., t.º IX, pág. 228 á 231.)

ciones y experimentar desmayos, que se traducen por indiferencia excéptica ó por convencionales silencios, rehace bien pronto sus fuerzas y emprende nuevamente su obra, bien lanzándose atrevidamente á idear nuevas construcciones con autoritario dogmatismo, bien obrando con más cautela y deteniéndose primero á probar en una investigación *crítica* el temple y alcance de sus armas.

Y tal parece ser al presente la nota lógica dominante en el pensamiento filosófico, y la necesidad de aquí, que muchos pensadores proclaman, de retroceder al pensamiento de Kant; (1) mas si

(1) «A la manera que un ejército vencido, dice Lange, (*Hist. del Materialismo*, tom. II, pág. 2 de la trad. franc.) busca en derredor suyo un punto ventajoso en donde poder rehacerse, así en el mundo filosófico se ha escuchado este grito de retirada: «Volvamos á Kant!»—«El problema capital que, á partir de Kant, debe proponerse resolver toda filosofía, dice Mr. Lachelier, (*Rev. phil.* Julio 1880) es determinar en el conocimiento humano la parte que corresponde al pensamiento y la que pertenece á la experiencia»—«La idea madre de la filosofía kantiana, escribe en el mismo número Mr. Nolen, es determinar la parte del espíritu en el conocimiento, y no reconocer á las formas *á priori* del pensamiento valor alguno teórico fuera de la experiencia sensible,» y «á esta idea madre, había escrito poco antes, es preciso hacer subir como á su fuente toda la corriente de la filosofía alemana de nuestro siglo, si se desean comprender sus movimientos sucesivos y su dirección final.» «En la obra de Kant, dice otro escritor español (Perojo, *Ensayos sobre el movimiento intelectual de Alemania: Kant y los filósofos contemporáneos*,) fraternizan todas las diferentes formas del movimiento intelectual de Alemania».... «de Kant, añade luego, proceden todas las creaciones ulteriores que conocemos; y esto de tal suerte que, para concluir, diremos con Kuno Fischer: «Toda la filosofía posterior á Kant es, en el más amplio sentido, la Escuela de Kant.»—El Sr. Sanz del Rio, asimismo, reconocía hace ya tiempo que la cuestión de la filosofía novísima es iniciada y planteada por Kant, refiriéndose á él todos los desarrollos posteriores; y Mr. Gerard, por último, en el artículo de que ya hemos hecho mérito, dice, entre otras cosas: «Así se mantenía y perpetuaba silenciosamente la tradición de Kant, hasta el día en que, cerrado una vez el círculo de las metafísicas, y terminado el período de las grandes aventuras intelectuales, después de las incertidumbres, los ensayos y los tanteos por diversos caminos, algunas inteligencias firmes y seguras han comprendido la necesidad de relacionarse sólidamente á los orígenes de todo este trabajo del pensamiento determinado por la obra de Kant.»—Y concluye con este párrafo, que transcribimos por la mención que en él se hace de pensadores españoles: «El neo-kantismo, por lo demás, no está circunscrito á Alemania: responde á un estado general del pensamiento europeo, pues, como quiera que se la denomine, esta misma tendencia aparece en Inglaterra entre sabios como Tyndall, Huxley, Clifford, y entre filósofos y críticos tales como Lewes, Leslie, Stephen y frecuentemente el mismo Herbert Spencer; en Italia, en lógicos como Ausonio Franchi; en España, en

cabe admitir tal estado como punto de partida para una evolucion más amplia, no puede, en manera alguna, aceptársele como situacion definitiva á que haya de resignarse el espíritu, haciendo caso omiso de toda concepcion ontológica, en conformidad con la cual deba ser dirigida la vida. Aun cuando hubiera que desistir, efectivamente, de hallar solucion adecuada al problema de la *razon pura*, no escusaría esto de tener que procurársela á los que ofrece la *razon práctica*. La vida corre sin espera y sin aguardar al pensamiento, y si no puede este ofrecerla una norma y regla de accion, irá á buscarla aquella en otras fuentes y orígenes, quedando reducida entonces la Filosofía á vano discurrir teórico sin aplicacion de realidad. Por eso no cabe tampoco, en el orden ontológico, envolverse en vaguedades, ni convenir en eliminaciones, que dejarían incompleto el conocimiento de aquella. Espiritualismo ó materialismo exclusivos; ontologismo dualista ó ontologismo armónico; panteismo indiferentista; deismo abstracto y dualista, ó teismo providencial, tales son las soluciones posibles, y en alguna de las cuales hay por necesidad que afiliarse, aceptando su intervencion y sentido para la direccion de la vida.

la joven escuela que tiene (tuvo se diría mejor hoy) su órgano en Madrid en la *Revista contemporánea*, y en la que escriben D. José del Perojo, D. Manuel de la Revilla, P. Estasen y D. Juan Valera. En Francia, por último, más de un pensador la obedece aisladamente: Mr. Renouvier, Mr. Berthelot, y á veces, Mr. Renan y Mr. Taine,» A pesar, sin embargo, de esta renovacion kantiana, cuyo sentido segun el mismo Mr. Gerard, no es reproducir meramente el pensamiento de Kant, sino «reivindicar el método y el espíritu de la *Critica*,» son todavía los metafísicos los que «llaman la atencion en primer término, y casi pudiera decirse que la confiscan, en la escena filosófica, pues si los antiguos sistemas han sido dados al olvido, otros sistemas nuevos han venido á recoger su herencia, y á la hora presente, el «secreto público» de la especulacion alemana es, ó el *pesimismo*, tal como le expresan las dos escuelas rivales nacidas de Schopenhauer y de Eduardo Hartmann, ó el *monismo*, tal como le ha fundado el sabio naturalista de Jena Ernesto Haeckel, y tal como ha formulado su dogma un convertido ferviente, Luis Noire (en su obra el *El Pensamiento monistico*).—La misma reaccion contra las hipótesis, los sueños y las quimeras del idealismo de ayer,—prosigue Mr. Gerard,—es todavia, á pesar de las apariencias, una metafísica, y bajo este nombre, que quiere ser modesto, *Filosofia de la realidad*, el pensamiento del Dr. Dühring, el ex-privat docent de Berlin, no tiene de nada menos que á una síntesis total del universo, especie de cosmogonía en prosa despues de la epopeya.»—Esta situacion de Alemania no quita para que sea verdad tambien lo que dice Mr. Nolen, en su exposicion de los artículos de Erdmann. «Si se puede juzgar del valor de las investigaciones filosóficas por el interés

El armonismo metafísico opta sin vacilar por las últimas; acepta el estado de crisis y de suspension de juicio como inicial y de partida para la organización del conocer por el pensamiento reflexivo, admitiendo como posible la consecución de la verdad con certeza; y llenando, según su criterio, la función que le corresponde en la vida intelectual, trae á construcción sistemática los elementos que van aportando de su lado los sistemas exclusivos, necesarios como el armónico para la perfección y progreso de la especulación filosófica.

Cualquiera, pues, que pueda ser el sentido con que se cultive la Metafísica, y sin que esto signifique indiferentismo excéptico ni acomodaticio eclecticismo, sino solamente respeto á la independencia del espíritu y sumisión á sus leyes, tendréis seguramente todos la convicción de su importancia, y del derecho que la asiste para merecer un lugar en la enseñanza universitaria. Pensareis en este punto, con el celoso apóstol hegeliano en los pueblos occidentales, que «lejos de ser la filosofía, como frecuentemente se »crée, una especie de lujo y de superfetación en la ciencia y en la »educación moral de un pueblo, es, por el contrario, si se exami-

que inspiran, habría derecho á sostener que la situación de la filosofía no ha sido nunca más floreciente que en estos últimos diez años.... Pero ninguna doctrina, á pesar de este favor y de esta complacencia universal, recobra el centro de los espíritus, escapado de las manos impotentes del antiguo dogmatismo. Diremos más; ninguna ha conseguido renovar, aún entre un pequeño número de inteligencias, los lazos de una fe común que constituyen lo que se llama propiamente una escuela. Nunca el ejército de los filósofos ha contado con más soldados ni con más voluntarios, pero se buscaría en vano un jefe reconocido.» De todo lo cual saca Mr. Nolen esta consecuencia, con la que estamos enteramente conformes: «La diversidad contradictoria de todas las tentativas practicadas, no sirve sino para hacer resaltar claramente la necesidad común en que todas ellas se inspiran: la de una alianza duradera entre la ciencia y la filosofía.»

Para formarse, por último, idea aproximada del estado por demás complejo del pensamiento contemporáneo, así como de sus causas determinantes y direcciones capitales, particularmente en lo que concierne á las escuelas positivistas, remitimos al lector á los artículos ántes citados del distinguido profesor y nuestro muy apreciado amigo el Sr. González Serrano.—Por lo que hace á nuestro humilde sentir, nos atenemos á lo consignado en el texto, siguiendo en la convicción de que, aún en medio de la situación crítica por que atraviesa el pensamiento, y de los sistemas dogmáticos que continúan formulándose, la filosofía armónica tiene una función permanente que cumplir, y que no debe ser abandonada.

»nan atentamente las necesidades y la naturaleza de la inteligencia, la ciencia más necesaria, porque tiene su raiz en lo que hay de más profundo y de más indestructible en aquella.» Creereis con él que «el grado de la civilizacion de un pueblo y de la humanidad se mide por el desenvolvimiento del espíritu filosófico, y que el pueblo en el que la ciencia, el arte y la religion no se hallan coronados por un gran movimiento filosófico, no posee más que una civilizacion incompleta y truncada (1) »

Esta conviccion vuestra, y la sancion legal que la Metafísica tiene, me bastan para estar tranquilo sobre la legitimidad de mi asignatura, y sobre su necesidad en los estudios académicos. ¡Ojalá pudiera decir lo mismo de mi aptitud para enseñarla y de mi sentido doctrinal!; mas, respecto á lo primero, no me es dado alegar otros títulos que los que la ley me ha otorgado para ocupar esta cátedra, que han ilustrado antes de venir yo á ella distinguidísimos Profesores, cuyos pasos solo puedo seguir de muy lejos; y en punto á lo segundo, me resguarda únicamente la sinceridad de mis convicciones, las cuales, sin embargo, no he tratado jamás de imponer. La tolerancia que para mi pensar reclamo, es tambien la que me sirve de norma en mis relaciones docentes; y entendiendo como Kant (2) «que no se puede, en rigor, enseñar la filosofía

(1) Vera, *Introduction á la philosophie de Hegel*, deux. edit., cap. III, pág. 80.

(2) Kant, *Critica de la razon pura*, trad. franc. de Tissot., t. II, pág. 419.— No otro fué siempre tambien, como dice el Sr. Salmeron, el espíritu y sentido de la enseñanza del inolvidable Sanz del Rio, á quien debe en su mejor parte nuestra patria las pocas muestras dadas en ella de renacimiento filosófico: «Si quisieramos, dice, en breves palabras, caracterizar la obra emprendida y cumplida con tanta perseverancia, religiosidad y modestia por nuestro maestro comun, bastaría, aparte la sacramental condicion de la libertad de conciencia, consignar las siguientes notas: *sentido universal; indagacion reflexiva y sistemática, profesion de la ciencia como maestra de la vida*. Dicho se está con esto, que lejos de forjar estrechos moldes de escuela, y de exponer doctrina formada con que á la vieja usanza se impusieran dogmáticas conclusiones, perseguia el sano propósito de sacudir la *ignava ratio*, y de vigorizar y dirigir el pensamiento, para que con propio y libre esfuerzo investigara la verdad, abriendose á todas las relaciones del mundo sin miedo á la secular intolerancia; sin arrogantes presunciones; sin odio de secta: con el divino amor que la comunión racional inspira ... De aquí que cuantos directa ó indirectamente han recibido su enseñanza, si han llegado á comprenderla, se sientan más inclinados y dispuestos á ejercitar su propia reflexion, á discernir y analizar los términos del propio pensamiento; á reconocer auténticamente los principios de razon presentes en la conciencia; á buscar en la realidad misma y no en aprehensiones sub-

sino á *filosofar* solamente,» esto y no otra cosa he procurado hacer con mis alumnos. Interrogadlos, si gustais, y os darán testimonio de ello.

Y vosotros, jóvenes estudiosos, que ocupais ese banco de honor y vais á recibir en este dia la recompensa á que os habeis hecho acreedores con vuestra aplicacion y desvelos; vosotros, en quienes la Universidad vuestra madre, la familia, la patria y la ciencia cifran las esperanzas más alhagüeñas, vosotros habeis oido tambien lo que son y significan la Filosofía y la Metafísica, y habreis comprendido igualmente que forman el *spiritus intus*, el aliento vivificador y la energía ordenadora de toda construccion intelectual. «No confundais, os diré yo tambien repitiendo las palabras de un Profesor ilustre en ocasion análoga á esta, (1) no confundais el saber empírico, ni menos la ciencia llamada positiva del mundo, con el saber y la ciencia sistemática. El primero es un ejercicio incompleto; el segundo es un ejercicio entero y sano del Espíritu: la Ciencia de las leyes es la luz, la de los hechos, el movimiento; aquella es la raiz, esta el fruto. Los hechos se vienen ellos mismos á nuestra observacion; la Ciencia debemos edificarla en nosotros: los hechos desnudos fundan solo opinion, ó una habitual seguridad decorada ligeramente con el nombre de certeza; la Ciencia funda conviccion segun leyes naturales que rigen á todos los hechos de un mismo orden. Nunca el conocimiento empírico solo establece principios, formula leyes, anticipa planes de vida; no dá impulso ni movimiento si no está acompañado de la Ciencia, que lo ilustra, lo confirma y lo dirige, así como la Ciencia necesita de los hechos para determinarse y aplicarse á la vida.»

Si deseais, pues, bajando al fondo de vuestros respectivos estudios, hallar la razon ideal de las relaciones cuantitativas que re-

jetivas las fuentes del saber; á formar, en suma, conceptos en vivo, que á tomar opiniones formadas, seguir conclusiones de ageno discurso, propagar soluciones cerradas con presuncion de últimas palabras de la ciencia, y embotar el espíritu con conceptos muertos. Formar, en fin, circunspectos y diligentes investigadores, que no presumidos sabios, ha sido el atinado propósito del iniciador y maestro de nuestro renacimiento filosófico,» (Prólogo á la obra citada de D. H. Giner; XI).

(1) Sanz del Rio, *Discurso de inauguracion* de la Univ. de Madrid en el año académico de 1857 á 1858.

gulan los fenómenos, y conocer la esencia velada de las formas cambiantes y varias que reviste la materia; si, para mitigar los dolores que á la humanidad afligen y retrasar su presa á la muerte, aspirais á sorprender el misterio de la vida; si, con puro y recto propósito, buscais la norma eterna del derecho para que, encarnada en la ley, resplandezca sobre la Tierra el reinado de la Justicia; si deseais descubrir, otros, el secreto de las lenguas, aspirar el aroma de belleza que emana de las literaturas, é interpretar con alto sentido los hechos que registra la Historia; (1) si quereis todos, en una palabra, adornar vuestra inteligencia con algo más que con un caudal de hechos y de materiales empíricos, preguntad á la Filosofía é interrogad á la Metafísica; pero venid á ellas con pensamiento independiente y sereno, con amor entrañable y sentido, con voluntad desinteresada y pura, y con fines sociales y humanos. (2) De esta suerte, os será dado conquistarlas en honra y

(1) En corroboracion de la necesidad de conocer la Historia de la Filosofía para interpretar con un sentido ámplio y levantado la Historia meramente pragmática, reproduciremos las siguientes palabras del P. Fr. Zeferino Gonzalez, que parecen salidas de la pluma de un hegeliano, y que ningun racionalista tendria inconveniente en suscribir:

«Las acciones del hombre nacen de sus convicciones; los hechos son expresion y resultados de las ideas, y la historia de los pueblos y de las naciones, y de los estados y de los individuos, representa la historia y las evoluciones del pensamiento humano, lo mismo en las grandes colectividades que en los individuos. Obreras silenciosas, pero infatigables y activas, las ideas son las que preparan y afirman, dirigen y constituyen el movimiento de los hombres y los pueblos; son las que determinan y explican los progresos, las desviaciones, las retrogradaciones parciales, los altos ó estaciones que se observan en ese gran hecho histórico-social que llamamos civilizacion. Y la civilizacion, como forma la más amplia y comprensiva del progreso humano, procede ante todo y sobre todo de las ideas. La perfeccion, la verdad, la realidad de una civilizacion se hallan necesariamente en armonía y relacion con la naturaleza, importancia y verdad de las ideas fundamentales que la dan forma y vida, y la diversidad de estas ideas fundamentales origina y contiene la diversidad de civilizaciones. La idea constituye la trama viva y fecunda de la historia de los hombres y de los pueblos: la historia del hecho es y permanece letra muerta, si no es vivificada é interpretada por la historia de la idea. (Obra citada; Prólogo XIX).

(2) «Véanse las cualidades principales que exigia Sócrates en los discípulos que destinaba á la filosofía, á la dialéctica, á la virtud y al gobierno del Estado. Para cultivar con éxito, á juicio de Sócrates, la ciencia de lo eterno y de lo inmutable es preciso, ante todo, amar apasionadamente la verdad y aborrecer el error, cualesquiera que sean los colores con que se le disimule. Para que el alma pueda con-

utilidad propias, y en honor y provecho de la Universidad de Salamanca, cuya gloriosa tradicion estais llamados á continuar.

Una palabra más aún.—Antes de abandonar este sitio que, por el órden natural de las cosas, no he de volver á ocupar probablemente, permitidme un desahogo del alma, que me es exclusivamente personal. Tengo una deuda de gratitud que pagar, y no he de dejar de hacerlo en ocasion como esta: que si en los espíritus estrechos y en los corazones mezquinos es el agradecimiento pesadumbre insopportable y mortificante recuerdo, que se esconde avergonzado de las miradas agenas, en los corazones sentidos y en las almas nobles y leales, es efusion que se desborda, y que con más satisfaccion brota cuanto la coyuntura es más pública y más solemne la ocasion.

En ese sillón presidencial, y ocupándole hace ya largos años con honra de la Universidad y provecho de la enseñanza, está el único de mis maestros de quienes recibí en esta Escuela mi educación profesional. Unido hoy además á él, en el círculo de mis funciones públicas, con los vínculos de un compañerismo afectuoso, despues de haberlo estado antes, en la esfera administrativa, por los de una subordinacion considerada de su parte, y de habernos ligado siempre, en el terreno de las afecciones privadas, los lazos de un cariño poco menos que filial de la mia, tengo á satisfaccion y á orgullo proclamarlo así en alta voz desde esta respetuosa tribuna, para que el recuerdo de mi afecto y gratitud vaya unido al de una gestion, que la historia de nuestra Universidad ha de consignar en sus páginas como de las más acertadas, beneficiosas y fecundas.

HE DICHO.

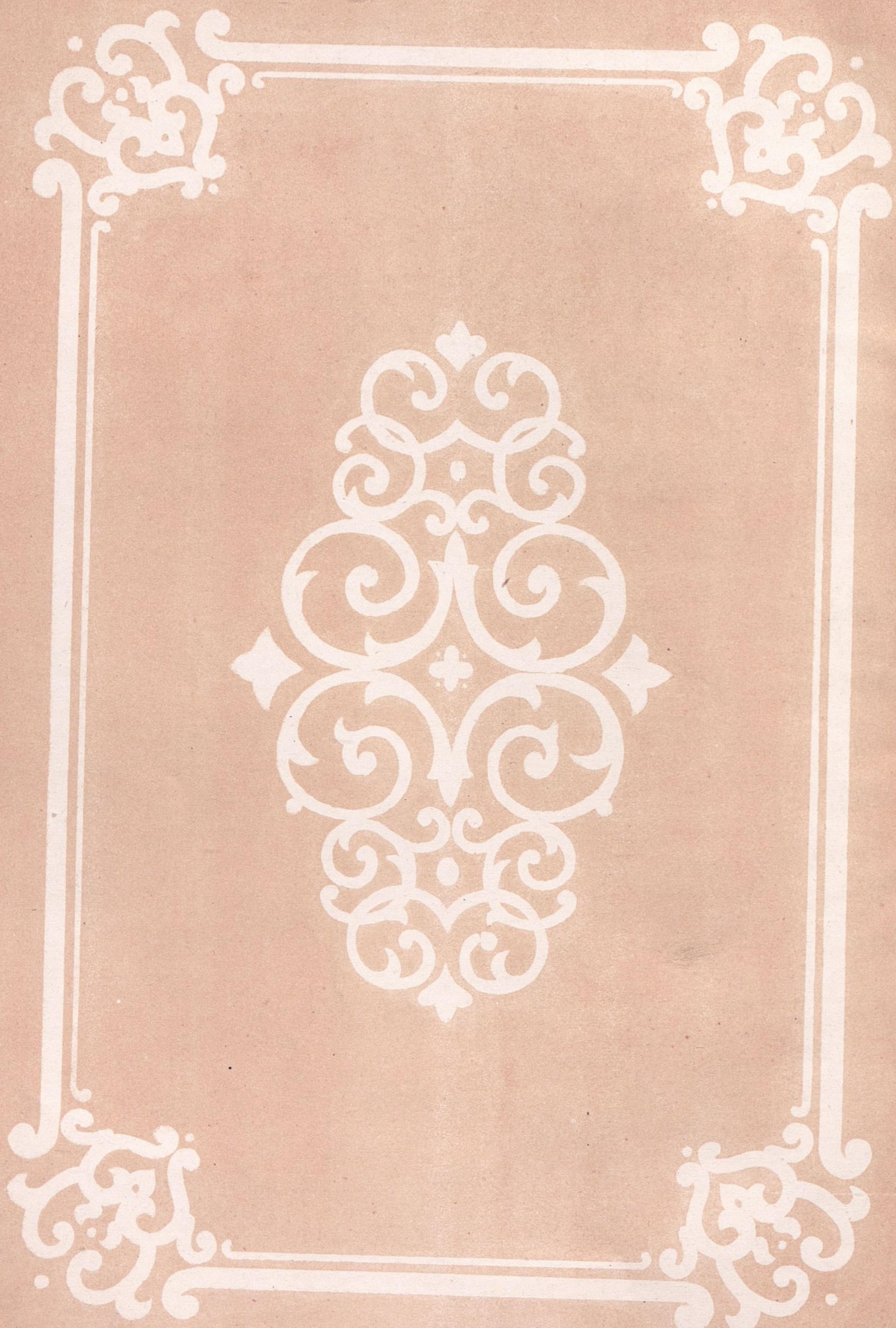
sagrarse por entero á esta viril contemplacion, es preciso, además, que se sobreponga á las exigencias irracionales del cuerpo, evitando sus peligrosos placeres. Moderada, magnánima, desinteresada, incapaz de sentimientos bajos, valerosa, dulce, justa y sin temor á la muerte, tal debe ser el alma del futuro filósofo; y, además de esto, Sócrates exigia todavia ciertas cualidades que dicen relacion á la inteligencia.» (Barthelemy-Saint-Hilaire. *De la Metaph* , 162).

ERRATAS.

Página	Línea.	Dice.	Léase.
13	20	mefísica..	metafísica
22	16	significativo.	significado
46	11	este.	esta
62	2	alcanzarla.	alcanzarle
69	2	consagrado.	consagrando
70	16	aquellla..	aquella
70	24	especulaciociones. . .	especulaciones

UVIA. BHSC. LEG 23-2 n°1773

UVIA. BHSC. LEG 23-2 n°1773



UVIA. BHSC. LEG 23-2 n°1773